

# HISTORIA DEL REVISIONISMO Y OTROS ENSAYOS

por José María Rosa

## ÍNDICE

Procusto y José María Rosa  
Historia del revisionismo  
La Triple Infamia  
Municipio o Nación  
La primera Buenos Aires  
Civilización y Barbarie  
Sarmiento y Facundo  
El gaucho Antonio Rivero  
Doctores, militares e ingleses en la independencia nacional

## PROCUSTO Y JOSÉ MARÍA ROSA \*

\* Este reportaje ha sido hecho especialmente para este libro con el propósito de dar una imagen total del autor. No es polémico porque fue realizado en base a un cuestionario escrito.

**PREGUNTA:** Generalmente usted no responde cuando se le pregunta si es hombre de derecha o de izquierda porque considera – según lo declaró más de una vez – que esas son categorías propias de un liberalismo que rechaza. Veremos si tenemos la suerte de hacerle contestar mediante un camoufflage. Para Mannheim, progresista es el que ve el presente como el comienzo del futuro, y reaccionario el que lo ve como la continuación del pasado. De acuerdo a este esquema, ¿cómo ve usted el presente?

**Respuesta:** La gran dificultad de un reportaje consiste en que, a veces, reporteador y reportado no hablan el mismo lenguaje, y las respuestas de aquél deben encogerse o estirarse a la medida de las ideas políticas o filosóficas de éste, cuando no adaptarse, simplemente, al valor que el reporteador da a las palabras. Hecha esta aclaración de que

me someto voluntariamente a un lecho de Procusto, empiezo. Eso de progresista o reaccionario, dicho en términos absolutos, lo usan quienes creen en el avance de las sociedades hacia una meta determinada, como los liberales o los marxistas. Para mí, “progreso” y “reacción” son términos de física, que pueden aplicarse a la historia de las sociedades en relación con algo: el bienestar individual, el de una clase social, el de una comunidad nacional, o mi concepto personal del arte, del confort, de la moral, del derecho, etc. Entonces, sólo así podría decirle si hay progreso o regreso: en relación a ese “algo”. Y usted me podría catalogar, con Mannheim, según creyese que comienzo el futuro o continúo el pasado.

P.: ¿A qué historiadores considera sus maestros, tanto en escala nacional como universal?

R.: En escala nacional debo mucho al porteño Font Ezcurra, al entrerriano Irazusta y a los santafesinos Alfredo Bello y José María Funes, en orden al conocimiento auténtico de nuestra historia. En escala universal, Rómulo Carbia me enseñó a reconstruir críticamente los hechos históricos con el método objetivo de Ranke.

P.: Como en el pensamiento de un historiador son importantes las coordenadas filosóficas que lo encauzan, resultaría interesante saber a qué filósofos – del pasado y del presente – se siente más vinculado.

R.: Tal vez a los sociólogos de Comte en adelante. El francés Durkheim me impresionó en lecturas juveniles por su concepción del hecho social y el riguroso método de análisis; el alemán Tönnies, por su síntesis de lo que es “comunidad” y de lo que es “sociedad”; Spengler, con su teoría de los ciclos históricos. En mi lejana juventud me entusiasmé con los románticos alemanes y encontré en Fichte una explicación racional, que me satisfizo, de mi sentimiento nacional. Pero todo eso pertenece a un remoto pasado; hace mucho que no leo libros de filosofía.

P.: ¿Cómo evalúa la importancia de Marx como pensador, especialmente como creador del materialismo históricos ¿Cree en la lucha de clases?.

R.: Marx era un hombre múltiple: filósofo, dirigente político, economista y – sin proponérselo – profeta de una indudable nueva religión, con sus dogmas y sus apóstoles. Considerándolo como filósofo, pongo reparos a las premisas que tomó del

liberalismo, como la del “proceso” o progreso hacia una sociedad perfecta y, en parte, a la concepción materialista de la historia; como economista, confieso que no entiendo bien El capital, aunque espero poder hacerlo algún día. Como dirigente político, me parece que contribuyó a retardar más de un siglo el advenimiento del socialismo en Europa (que parecía inevitable en 1848, año del Manifiesto comunista) al quitarle espontaneidad a la revolución, pretendiendo encauzarla “científicamente”. Como profeta lo respeto profundamente – a él y a sus discípulos – porque en cosas de fe ajena no me meto. ¿El materialismo histórico? Es posible que en la infraestructura de lo social encontremos causas materiales, pero lo cierto es que se manifiestan en la superficie como movimientos espirituales. La importancia de esta “creación” (anterior a Marx, aunque su difusión se le debe a él) es relativa: también Freud descubrió que en el amor del niño a la madre hay subconscientemente una causa sexual. Pero no se manifiesta sexualmente. Tampoco los movimientos sociales se expresan con banderas materiales, y pretender hacerlo así ha sido, a mi juicio, el gran error del marxismo. ¿La lucha de clases? La historia nos presenta, a veces, el enfrentamiento interno de una mentalidad nacional contra una mentalidad de clase (“clase” es una agrupación de intereses individuales, que predomina en sociedades cuyo vínculo social está flojo). Mentalidad de clase tiene la burguesía, pero no la encuentro en la llamada clase obrera, cuya mentalidad es nacional. Vea lo que pasa en nuestro país: “conciencia de clase” tienen los de arriba; conciencia nacional los de abajo.

P: Mucha gente considera al revisionismo histórico y al nacionalismo necesariamente complicados con el fascismo. ¿Cómo lo explica, y cómo cree que se podría superar ese equívoco? ¿Qué opina de Hitler? ¿Y de los judíos?.

R.: El fascismo fue un fenómeno nacionalista italiano de las décadas del 20 y 30; tiene tanto que ver con el nacionalismo argentino como con el nacionalismo vietnamita o el cubano. No me corresponde “superar el equívoco” de quienes no pueden entender a los nacionalismos; les corresponde a ellos, a riesgo de quedarse sin comprender ni el pasado ni el presente. ¿Hitler? Quizá el exponente de la desesperación alemana por el tratado de Versalles de 1919. ¿Los judíos? Un pueblo tan tremendamente nacionalista que no admite el nacionalismo de otros.

P.: Los revisionistas prestaron un gran servicio al país poniendo al descubierto hasta qué punto su historia – hasta la segunda guerra mundial – estuvo embretada en los intereses del imperialismo británico. ¿Por qué no han enjuiciado con la misma severidad nuestra actual dependencia del imperialismo yanqui?

R.: La dominación yanqui entre nosotros es demasiado reciente para considerarla un “hecho histórico” y estudiarla con perspectiva de tiempo como la dominación británica.

Sin embargo, los hechos de intromisión yanqui en América española anterior a la Segunda Guerra Mundial han sido estudiados por investigadores de nuestra corriente: le recomiendo los escritos de Carlos Ibarguren (hijo), entre otros. Yo también me he ocupado de eso. En el quehacer político, la gran resistencia a la intromisión yanqui de los alrededores del año 40 estuvo a cargo de los nacionalistas, y la defensa de esa intromisión corrió por cuenta de liberales y comunistas, ¿recuerda?.

P.: ¿La historia de los demás países latinoamericanos fue tan intencionalmente falseada por sus oligarquías como en el caso de la Argentina? De ser así, ¿hay en ellos corrientes historiográficas heterodoxas, comparables a nuestro revisionismo?.

R.: Las hay. Por ejemplo, el revisionismo paraguayo, iniciado por Juan O’Leary, que en orden de tiempo es anterior al nuestro, o el oriental, de Luis Alberto de Herrera, donde militan figuras de la talla de Methol Ferré, Reyes Abadie, Claudio Williman, Oscar Bruscherá, Vivían Trías, Fonseca, Magariños de Mello, Julio César Vignale y muchos más que representan distintos matices. En Brasil, Pandiá Calogeras hizo escuela, hoy mayoritaria. Y puede seguirse así en toda América latina.

P.: A nuestro requerimiento Toynbee declaró, la última vez que estuvo en Buenos Aires, que no había oído hablar jamás del revisionismo, y nos preguntó, a su vez, de qué se trataba. El presidente del Consejo Británico se apresuró a aclararle que es “sólo una corriente historiográfica local caracterizada por sus fuertes prejuicios antibritánicos”. Poco después, tuvimos ocasión de preguntarle a H. S. Ferns – cuyo libro Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX es tan sincero en algunos aspectos – si no le parecía que Inglaterra había expoliado concienzudamente a nuestro país. El historiador canadiense respondió que “en las relaciones entre ambos países no hubo un explotador ni un explotado, sino dos pueblos en distintas etapas de desarrollo cuya estrecha vinculación los benefició mutuamente”. ¿Qué comentarios le sugiere esto?.

R.: No me extraña lo de Toynbee, cuyos conocimientos historiográficos no son vastos; tampoco me llama la atención que al presidente del Consejo Británico todo lo revisionista le parezca un prejuicio antibritánico. Las palabras de Ferns responden al concepto que preside todo su libro sobre las relaciones de Inglaterra con la Argentina en el siglo XIX. Deben interpretarse. Nuestra “estrecha vinculación” con Inglaterra produjo necesariamente un dominante y un dominado, dadas sus “distintas etapas de desarrollo”. Fue un matrimonio de amor y conveniencia: a nosotros nos quedó el amor y a ellos la conveniencia.

P.: ¿Qué juicios le merecen La decadencia de Occidente, de Spengler, y la Historia universal de Toynbee? ¿Adhiere a una concepción cíclica de la historia universal?.

R.: Spengler me gusta; Toynbee me aburre.

P.: ¿Conoce aportes historiográficos realizados en el campo socialista que le merezcan respeto?.

R.: Hay grandes revisionistas en el campo socialista.

P.: ¿No cree que el patriotismo – o el nacionalismo – son insuficientes para sustituir a la ideología? Si usted hubiera nacido en Inglaterra, ¿admiraría a Disraeli y convalidaría la piratería del imperialismo británico o los rechazaría en nombre de una ética supranacional, de una ideología?.

R.: Al revés: la ideología es insuficiente para sustituir al patriotismo. No necesito ser inglés para “admirar” a Disraeli. Si lo fuera, no sólo lo admiraría sino que estaría de acuerdo con él, lo que no me ocurre por ser argentino. (¿Por qué ejemplifica con lord Beaconsfield, que no ha sido de los peores políticos victorianos con relación a nuestro país? Más lógico hubiera sido referirse a Castlereagh, Canning o Peel ) La historia nos dice que, si hay una ética supranacional, ella es muy débil. Es una lástima, pero como la ética pertenece al campo de las cosas que son y no al de las que pueden ser, debemos resignarnos a esa falta. (Reservadamente, le diré que si la Argentina, integrada con sus hermanas de Hispanoamérica, llegase al estado de imperio y dominase a Estados Unidos e Inglaterra, no me disgustaría del todo ver a los norteamericanos e ingleses con un pico en la mano trabajando para nosotros.).

P.: Cuando Ricardo Zorroaquín Becú presidía la Academia Argentina de la Historia, le preguntamos por qué eran académicos el cardenal Caggiano, el poeta Capdevila y el fisiólogo Houssay y, en cambio, no lo eran revisionistas autores de una obra vasta e importante como, por ejemplo, usted mismo. Se nos respondió que varios académicos amenazaban con renunciar si usted ingresaba. ¿Cómo explica esa intransigencia? ¿Qué papel juegan las academias, para usted, en los países sometidos?.

R.: Las academias, en los países sometidos, forman parte del aparato de sometimiento, como tantas otras cosas: la gran prensa, la radio, la televisión. No me incomoda, porque ya lo sabía desde el vamos.

P.: ¿Ve algún síntoma de que comience a superarse el maniqueísmo de nuestra historia oficial, afecta a dividirlo todo – hombres y procesos – en justos y pecadores? En el último aniversario de la muerte del Chacho, por ejemplo, las autoridades de su provincia le rindieron homenajes; ¿fue un hecho aislado o el preanuncio de un desbloqueo?.

R.: La Argentina está madurando como nación.

P.: ¿Cómo explica que Cromwell, Bismarck, Napoleón y hasta cierto punto Lincoln ya no movilicen pasiones políticas en sus países, mientras Rosas o Sarmiento tienen la virtud de hacerles hacer mala sangre a los argentinos?.

R.: Un historiador español – el duque de Maura – me dijo que no debería entristecerme o molestarme que en mi país se hable mal de Rosas, porque sólo se habla bien de los muertos, y la política de recuperación nacional de Rosas está ahora tan viva como lo estuvo cien años atrás. Lo mismo pasa con Sarmiento, como símbolo de la política opuesta a la de Rosas. En líneas generales, toda la historia Argentina está viva, y esto es de buen augurio. Si sólo se hablara bien de sus figuras, tendríamos un país muerto. Pero no crea en las premisas de su pregunta. He escuchado fuertes y tremendas discusiones sobre Napoleón en París. No hay pueblo, estatua ni calle que recuerde a Lincoln al sur del Potomac; en Baltimore he visto flores en la tumba de Wilkes Booth (que lo mató); Bismarck no es “el Canciller de Hierro” para los alemanes “democraticos”, y Cromwell no está enterrado en la Abadía de Westminster. Pero éstas son desviaciones minoritarias – como lo será el antirrosismo de mañana (¿de hoy, tal vez?) –, ya que Napoleón, Lincoln, Bismarck y Cromwell simbolizan, en general, la nacionalidad en sus respectivos países.

P.: Usted es católico; como historiador, ¿cómo juzga el hecho de que la Iglesia haya estado casi siempre complicada con los aspectos más negativos del poder temporal? Piense, por ejemplo, en la performance de los Papas Borgia, o en Julio II, cortesano e intrigante, o en Torquemada – parece que Galileo tenía razón y el mundo se movía, nomás –; piense, viniendo más cerca, en el Pacto de Letrán y en Pío XII según El vicario, el drama de Rolf Hochhuth que puso en actividad a tantos censores... ¿Cree que la cosa puede empezar a cambiar y que – al menos en América latina – el clero dejará de

estar siempre del lado del privilegio? Para que eso ocurra, ¿hacen falta muchos imitadores de Camilo Torres?.

R.: Despacio... que sobre los Borgia podría escribirse un erudito estudio revisionista. Galileo fue defendido por los jesuitas, y gracias a Julio II tuvimos muchas obras del Renacimiento. En la historia de la Iglesia, como en todas las historias temporales, encontrará claros, oscuros y cosas no aclaradas. (¿Usted sabe que en 1942, 1944 y 1955 los liberales, apoyados en los marxistas, me echaron de la Universidad por agravio a la historia Argentina? Y “se movía”, nomás). A mí me parece – tal vez no sea un pensamiento muy católico – que la Iglesia, como institución temporal, está siempre con el tiempo. En tiempos del Imperio Romano era imperial; con el feudalismo, fue feudal; con la burguesía, burguesa. Hoy la vemos proclive al socialismo. Roma sabe lo que hace.

P.: ¿Cómo juzga a Fidel Castro y al Che Guevara? ¿Entiende que para la liberación nacional – y la de los otros países latinoamericanos – existe otro camino fuera de la lucha armada?.

R.: Fidel Castro: un gran caudillo nacionalista obligado a revestir su posición patriótica con el manto de una ideología (si no lo hubiera hecho habría desaparecido hace tiempo, porque no podría luchar solo contra su poderoso vecino). El Che: un héroe que ha sabido morir por sus ideales. Al revés de Fidel, tomó demasiado en serio la lucha de clases, y los bolivianos lo denunciaron por extranjero. Las grandes revoluciones se producen sin luchas armadas: la resistencia se desmorona desde adentro.

P.: Si bien el historiador no puede ser adivino, está – tal vez – en mejor posición que otros para conjeturar el futuro inmediato. Por eso le rogamos que aventure su imagen del mundo – de su organización social – de aquí a veinte o más años. ¿Prevé guerra atómica? ¿Imagina posible una tecnocracia deshumanizada tipo 1984 o Un mundo feliz?.

B.: El futuro depende de tantos imponderables que no puede profetizarse. Si los alemanes hubieran llegado a la bomba atómica antes de su colapso, ¿el mundo de hoy sería distinto? ¿Quién lo podía decir en 1944? ¿Y quién, en el 45, imaginaría el mundo de hoy? Sólo puedo decirle que el signo del siglo XX es el despertar nacionalista, como el liberalismo imperialista fue el del siglo XIX.

P.: ¿Qué piensa del conflicto chino-soviético? ¿Y de Mao? ¿Qué salida prevé para la guerra de Vietnam? ¿Cómo juzga el papel de EE. UU. en esa guerra y en el panorama internacional en general?.

R.: Entre Rusia y China veo una rivalidad de naciones. Mao parece un gran jefe; dicen que es poeta, es decir, hombre de intuiciones. Estas caracterizan a los jefes. Si fuera un intelectual razonador, no sería un buen jefe. ¿Qué ocurrirá en el Vietnam? Ganarán los vietnamitas, que han demostrado su gran espíritu nacionalista. ¿El papel de Estados Unidos? Tonto. Para ejercer un imperio hay que acomodarse a reglas de fina conducción diplomática, que Estados Unidos no tiene. Obra a los guantazos, como si estuviese contra México en 1845. Esto pudo resultarle antes, y en órbita más reducida, pero hoy, difícilmente. No se puede ignorar o despreciar la realidad de otros pueblos.

P.: Vietnam aparte, suele coincidirse en que los otros grandes puntos críticos de la política internacional son Medio Oriente y Berlín. ¿Cómo supone que evolucionarán?

R.: Los israelíes reclaman un “Estado” que quieren consolidar y extender; los árabes hablan de un “injerto” artificioso que es necesario expulsar. No veo posibilidad de diálogo ni, por lo tanto, solución pacífica. ¿Berlín? Supongo que algún día Alemania volverá a ser Alemania y Berlín su capital.

P.: ¿A qué atribuye el éxito de venta sin precedentes de su Historia Argentina y, en general, el creciente interés por la materia que se viene advirtiendo en el público?.

R.: A lo dicho al contestar otra pregunta: la Argentina está madurando como nación.

P.: ¿Por qué es peronista? ¿Qué futuro atribuye al peronismo? ¿Cómo juzga al gobierno actual? ¿Cómo ve los próximos años de la política Argentina?.

R.: El peronismo fue y es la corriente nacional. El pueblo argentino es peronista, y para toda solución se debe contar con el pueblo. ¿El régimen actual? O gobierna el pueblo por derecho natural, o gobiernan los que tienen la fuerza. Las “apariencias” de gobiernos democráticos con elecciones reguladas no conducen a nada durable. Tengo fe en la Argentina: preveo gobiernos populares y, por lo tanto, nacionalistas.



## HISTORIA DEL REVISIONISMO

### La generación del 80

Adolfo Saldías, nacido en Buenos Aires en 1850, pertenecía a la llamada generación del 80; caballeresca y culta hermandad de firmes convicciones liberales y convencimiento absoluto en los destinos ascendentes de la Argentina – Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Lucio López, Joaquín González, Eugenio Cambaceres – consagrados a la política, al foro, a las letras, y a veces a la historia. Advenidos tras los rezagos románticos de Caseros – Mitre, Adolfo Alsina, Vicente Fidel López –, educados en las escuelas de Sarmiento y en la Universidad de Juan María Gutiérrez, los jóvenes del 80 tenían la gran responsabilidad de constituir la primera promoción del liberalismo triunfante en 1852.

Saldías estudió derecho en la Universidad de la calle del Perú, donde el colombiano Florentino González dictaba Constitucional y don Manuel de Zavaleta, Economía Política. “Constitucional” era la exégesis de las declaraciones, derechos y garantías del sagrado estatuto del 53 – en cuyo código original estaba la firma del rector Gutiérrez –, y “Economía Política” el postulado del dejar hacer liberal dentro del estado-gendarme ideal. En frases de trabajada retórica, tan grata al gusto de la época, explicaban los maestros sus lecciones sin advertir – sin que la miopía general pudiera advertirlo – que ese “dejar hacer” de los textos europeos consolidaba el dominio económico de las empresas extranjeras, y esas garantías individuales eran aplicadas exclusivamente por la respetada Suprema Corte – donde distribuían justicia Salvador María del Carril y José Benjamín Gorostiaga, constituyentes del 53 – cuando las empresas foráneas no querían pagar los impuestos nativos.

Ya la Argentina del 80 había dejado de ser de los argentinos, pero los jóvenes egresados de la Universidad no podían saberlo. El dominio extranjero penetró sutilmente, y antes de llegar al campo material se había apoderado del espiritual. Las cosas concretas – patria, pueblo, justicia – se expresaban en sus mentes atiborradas de retórica por generosas abstracciones: Libertad, Humanidad, Civilización. Creían habitar un país “en marcha continua hacia los grandes destinos que se diseñan en el horizonte”, como recitaban los discursos del rector en los aniversarios cívicos. No podían advertir que las

frases y símbolos tapaban una pobre realidad sin patria, ni pueblo, ni justicia. Si atinaron a comprender más tarde la tragedia de la Argentina, ya habían llegado las responsabilidades de la edad madura y callaron con prudencia para no abdicar una posición económica, una situación política o un rango social imprescindibles: fueron gobernantes, periodistas, jueces y abogados del capital foráneo, y llegados a las cátedras repetirían, sin convicción, las frases aprendidas de sus maestros.

## La Argentina del 80

La Argentina, la Argentina visible y audible que era “todo el país” en el pensamiento de los contertulios del Club del Progreso y en las gacetillas y editoriales de los diarios políticos o independientes, era una parte cuantitativamente reducida de quienes habitaban la República. Eran tan sólo una clase de la sociedad; pero que pensaban y sentían como si fuera la sociedad entera. Sus integrantes se repartían exclusivamente los cargos públicos en un juego electoral de oficialistas y opositores de salón – alsinistas y mitristas – alternativa o conjuntamente partícipes del poder. A veces se daba colorido a esta oposición con la muerte de algunos chinos arrastrados por lealtad criolla a los combates de los atrios electorales o de los cantones revolucionarios; pero en seguida llegaba el “acuerdo” o la “conciliación”, y Mitre y Alsina se daban un abrazo histórico y distribuían fraternalmente las posiciones públicas. De esa única clase salían también los abogados de los bancos extranjeros que regulaban el crédito y daban valor al peso, o los asesores de las grandes empresas con directorios en Londres que se iban quedando con los ferrocarriles fiscales, los saladeros y aún las estancias. Para lectores de esa clase única se editaban los diarios de la época ayudados con los avisos y suscripciones de los bancos y las empresas. O se escribían poemas “nativos” donde gauchos del Bragado narraban óperas de Gounod.

Era una clase y no una casta. Abierta a quienes compartieran la convicción de ser “todo el país”, y sirvieran lealmente los ideales generosos de la Libertad, no excluía a nadie por razón de nacimiento ni posición económica. La unidad la hacía la conciencia, y de manera alguna la sangre (repudiada en una República) o el dinero: aunque es comprensible que este último facilitara el rango privilegiado. Se ascendía cuando se contaba con el talento suficiente de no rozar intereses, y facilitaban la subida las fraternidades ocultas o semiocultas – “cofradías” religiosas de creyentes o “logias”<sup>\*</sup> masónicas de volterianos – donde era obligatorio ingresar y obedecer a riesgo de quedarse en los primeros tramos de la escalera o caer con el tropiezo inicial. Después, en el recato del Club del Progreso, masones y católicos arreglaban el país en tenidas fraternales. Los discursos violentos del Congreso y los editoriales punzantes de la prensa no dejaban heridas perdurables.

## La Argentina invisible

No había “pueblo” en 1880, ni como entidad política ni siquiera como presencia física. Los criollos habían sido exterminados, amedrentados o rebajados hasta el aniquilamiento por los vencedores de Caseros y, sobre todo, por los de Pavón. El consejo de Sarmiento a Mitre al día siguiente de Pavón de no ahorrar sangre de gauchos por ser “un abono útil que debemos a la tierra”, no había sido una frase aislada y poco feliz del tremendo sanjuanino. Las matanzas cometidas por Flores, Iseas, Irrazábal, Sandes, Arredondo y tantos otros coroneles de Mitre desangraron el interior; el exterminio a carabina de los últimos montoneros (el Chacho, Felipe Varela o López Jordán: impotentes caudillos de una Argentina que irremediablemente se iba), el suplicio terrible del cepo colombiano para impedir nuevas montoneras y estabilizar las oligarquías aldeanas, los contingentes de “voluntarios” que morían a millares en los esteros paraguayos, y la absurda guerra de “cantones de fronteras” contra indios bien armados y bien montados (Martín Fierro no es un poema de imaginación), hicieron todo lo demás.

No se pudo, desde luego, acabar con un pueblo íntegro en esa masacre continua de criollos que va de 1861 a 1877 (de Pavón a la conquista definitiva del desierto), la página más negra de nuestra auténtica historia.

Pero aquello que quedó, no contaría como “clase”. Los hijos de Martín Fierro y del sargento Cruz, serían educados en las escuelas de Sarmiento a despreciar a sus padres por bandoleros, y buscar el perdón de su pecado original amoldándose mansamente a los dueños del cepo, los contingentes y la partida. Aquel Viejo Vizcacha, “gaucho renegado”, con un “empaque a lo toro”, que “vivía en los bañados” y “mató a la mujer de un palo / porque le dio un mate frío” (caricatura cruel de Sarmiento, inexplicablemente inadvertida por los comentaristas del Martín Fierro) era “el señor, que debería darles educación” a los hijos del gaucho perseguido y calumniado. Educación que consistía en aceptar mansamente la derrota “el que gana su comida / güeno es que en silencio coma” o medrar con la protección de los poderosos en esa Argentina que ya no era de ellos (“hacete amigo del juez / no le des de qué quejarse / y cuando él quiere enojarse / vos te debés encoger”).

El pueblo criollo, reducido a los Vizcachas acomodados o los Picardías malandrines, ya no contó en la sociedad. La libertad de comercio del 53 trajo la invasión de manufacturas inglesas que significó el cierre de los talleres artesanales protegidos hasta entonces por la política aduanera de Rosas; los carreteros y troperos quedaron eliminados o poco menos por la competencia desigual del ferrocarril; desaparecieron – ¡milagros del crédito hipotecario y la usura rural! – las “suertes” de pequeñas propiedades de los tiempos de Rosas, como también el régimen de aparcería de los arrendamientos pastoriles. Y poco a poco los rezagos de la población criolla, los nietos de los forjadores de la Conquista, los hijos de los héroes de la Independencia, los bravos de la Restauración, se refugiaron a malvivir en el ocio de las orillas de las ciudades como una masa extranjera en la tierra que había sido de sus mayores. Allí – repito palabras de Scalabrini Ortiz – “con frases capciosas sus virtudes fueron tergiversadas en vicios; su valor en compadrada; su estoicismo en insensibilidad; su altivez en cerrilidad”. Ya no fueron un problema político: solamente de policía y de cárceles.

Cumplíase el ideal de Caseros: una Argentina donde una clase “educada y racional” fuera todo el país. No quedaban masas populares con sus absurdas reivindicaciones, temibles montoneras o incómodos caudillos. Lo quisieron, invocando a la Constitución triunfante, los intelectuales del 52: Alberdi lo había enseñado en sus Bases (“Hemos de componer la población para el sistema de gobierno, no el sistema de gobierno para la población... necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces para la libertad”), y Sarmiento advertido en sus sinceros – y hoy olvidados con prudencia – Comentarios a la Constitución (“Son las clases educadas las que necesitan una Constitución que asegure sus libertades de acción y de pensamiento. Una Constitución no es para todos los hombres: la Constitución de las clases populares son las leyes ordinarias, los jueces que las aplican y la policía de seguridad”).

## Los gringos

Pero una sociedad no puede vivir sin una clase laboriosa: sin brazos que levanten las cosechas, manos que salen la carne, ojos que vigilen las máquinas, músculos que muevan las fraguas. Era necesario una masa popular – como para los patricios de Roma cuando la retirada al Monte Sacro – que cumpliera las funciones inferiores pero imprescindibles de la convivencia humana.

Llegaron entonces los “gringos”.

La Argentina de Caseros, “para realizar la República ciertamente”, había llamado a los anglosajones por la pluma del Alberdi de las Bases: si “la libertad era una máquina que como el vapor requiere maquinistas ingleses”, el gobernar es poblar exigía una repoblación con “las razas viriles del norte de Europa”, después de la previa e imprescindible despoblación de criollos “incapaces de libertad”.

Pero el gran tucumano resultó un gran ingenuo. No vinieron “los obreros ingleses que trabajan, consumen, viven digna y confortablemente” a hacer una república anglosajona apta para el funcionamiento correcto de las instituciones políticas adoptadas. Ni siquiera con la promesa de consentirles “hasta el encanto de nuestras hermosas y amables mujeres”, que serían mejor

fecundadas por ellos que por nosotros. La inmigración sajona en masa, soñada por los hombres del 53, no se produjo, y vinieron tan sólo gerentes y técnicos. Las instituciones políticas sajonas, establecidas para recibirlos, quedaron en el aire.

En cambio aprovechó las franquicias, y se coló sin invitación por los puertos de Buenos Aires y Rosario una muchedumbre famélica y laboriosa de napolitanos y gallegos. Ante el estupor racista de Alberdi que clamaba en 1871 contra la tergiversación del gobernar es poblar (“poblar es apestar, corromper, embrutecer cuando se puebla con las emigraciones de la Europa atrasada” bramaba en Peregrinación de Luz del Día.) Pero si

no eran los hombres “viriles del norte” llamados para desalojar a los argentinos de la República constitucional, estos meridionales – sin conciencia de formar un pueblo, sin aspiraciones de ocupar un sitio en la política, sin jefes que pudieran inflamarlos y conducirlos –, cumplirían en cambio admirablemente las funciones proletarias en una Argentina necesitada de trabajadores que fueran solamente trabajadores, sin más preocupación que ganarse el jornal, laborando en silencio y agradecimiento. No podían servir para eso los Picardías ventajeros, ni los Vizcachas aprovechadores del remanente criollo.

Tal era la fisonomía social de la Argentina del 80. No puede llamársela una nación porque le faltaban conciencia, cultura y pueblo nacionales. Era una colonia. Una colonia próspera y feliz, con la prosperidad de los imprevisores y la felicidad de quienes ignoran. Una colonia menos independiente y personal, pero muchísimo menos, que la española anterior a 1810. Con dueños de ultramar más poderosos e invisibles, “clase principal” más desarraigada del suelo y complaciente con los dominadores; sin gauderíos, orilleros o menestrales que formaran en los alardes o reseñas de las milicias comunales o acudieran a la plaza al llamado del Caudillo si “la patria estaba en peligro”; con nativos reducidos al ocio en reducciones y encomiendas más miserables que las indígenas del siglo XVI. Y donde una multitud de esclavos blancos, tan bozales como los africanos y más ausentes de la sociedad que ellos, cumplía con maña y tesón y sin dar preocupaciones, su papel de clase inferior y laboriosa.

Una colonia para una o dos generaciones, pues nacerían los hijos de los gringos y... pero es otro capítulo que no pertenece a la descripción de la confiada sociedad porteña del 80, donde el joven abogado Adolfo Saldías se iniciaba con ardiente fe liberal, en la profesión, el periodismo, la política y las letras.

## La enseñanza de la historia

El gran instrumento para quitar la conciencia nacional de los argentinos y hacer de la Patria de la Independencia y la Restauración la colonia adiposa y materialista del 80, había sido la falsificación consciente y deliberada de la Historia.

No bastaba con la caída de Rosas, ni con las masacres de Pavón. Era necesario, imprescindible, dotar a la nueva Argentina de una idea de patria que no fuera la tierra, los hombres, la tradición, o alguna de esas cosas que dan a toda patria, su fisonomía particular y constituyen su razón de ser. Se enseñó que la Argentina eran las “instituciones” (las instituciones copiadas), la libertad, la civilización, o cualquier abstracción universal. Los argentinos tendrían al “amor a la libertad” (libertad para pocos) como el fundamento único de la argentinidad. Quienes fueran enemigos de esa “libertad” – si llegaba a ocurrir el absurdo – serían infames traidores a la patria, como lo decía la constitución, y merecedores de los cuatro clásicos tiros por la espalda.

Pero la historia mostraba otra cosa. Era el relato del nacimiento, formación y defensa de una nacionalidad: había en ella hálito de pueblo, traiciones de oligarquías, coraje de grandes caudillos, gestos de auténticos patriotas, que no se avenían con el liberalismo triunfante en Caseros. Por eso la preocupación primera de los hombres de Caseros, aun antes de pensar en la Constitución para copiar y en los hombres para poblar, fue la falsificación de la historia. La historia es la conciencia de los pueblos, y una nueva conciencia estabilizaría el triunfo eventual de la oligarquía y haría innecesarias más medidas de represión. Dotar a la Argentina de una historia “arreglada” (la palabra es de Alberdi), de “mentiras a desigño” (la frase es de Sarmiento) que se interpusieran como una muralla china entre los argentinos y su pasado.

Se amañó la historia en consecuencia. Se adaptó (como en toda América) la leyenda negra de la conquista española, preparada por los enemigos de España, como si fuera el Evangelio mismo: Juan María Gutiérrez habló en sus libros de los crueles conquistadores y lujuriosos frailes que España nos enviara para nuestro mal a poco del descubrimiento casual de Colón. Se mostró a la Revolución de Mayo como un complot de doctores ansiosos de libertad de comercio y libertad individual; para llevar sus beneficios había ido Belgrano al Paraguay y al Alto Perú y San Martín a Chile y al Perú. No había amor a la tierra y a las tradiciones, no había eclosión turbulenta y magnífica de un pueblo, no había jefes populares ni defensa de la independencia por la independencia misma. Todo pasaba en una sola clase social: todo por móviles extranacionales. Con Bernardino Rivadavia, de vinculaciones sospechosas con empresas británicas, que gobernara de espaldas a la realidad, dislocase en cuatro porciones insoldables el antiguo virreinato, e hiciera dictar una constitución donde no votaban los jornaleros ni peones (unánimemente rechazada por el país entero) fue tenido por “el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos”.

El amaño fue relativamente fácil hasta allí, pues la “leyenda negra” había sido confeccionada en Inglaterra y Estados Unidos sirviéndose de auténticos materiales españoles, inteligentemente dispuestos e interpretados; y la concepción oligárquica y extranjerizante de la Revolución existió realmente, sino en los hombres de 1810, por lo menos en los mayos de 1838 con Echeverría a su frente. Era cuestión entonces de ocultar simplemente la existencia de un pueblo o negarlo como “montonera” cuando irrumpió en el año 20, y expulsar de la nacionalidad como anarquistas a los jefes populares con Artigas a la cabeza. San Martín y Belgrano no serían presentados como hombres de pensamiento político definido, ni expuestas sus opiniones sobre las cosas y los hombres de la tierra, sino como héroes de alto, pero único, valor militar.

Con esos materiales se podía fabricar la “historia” de la primera década independiente, y tal vez avanzar en la segunda hasta el fracaso de Rivadavia en 1827 “por las ambiciones y barbarie de los caudillos”. Fue lo que hicieron – con abundantes pruebas documentales aquél, y una fértil y poderosa imaginación éste – el general Mitre y el doctor Vicente Fidel López. Aquél en su Historia de Belgrano y la independencia argentina que llegaba a la muerte del héroe epónimo en 1820; y éste en su Historia de la República Argentina con el alcance hasta 1828.

No se podía avanzar más allá. Porque más allá estaba Rosas.

Y la época de Rosas era un problema muy serio. En ella surgía, sin tergiversaciones posibles, un pueblo imponiéndose a una oligarquía, una nacionalidad enfrentando y dominando las fuerzas poderosas de ultramar, un jefe de extraordinarias condiciones políticas e invulnerable honradez administrativa. No se podía tergiversar la historia de los tiempos de Rosas (como se había hecho con Artigas, por ejemplo) porque había cosas que no admitían tergiversación: no se podía negar la unidad nacional del Pacto Federal, la constitución de la Confederación Argentina, el entusiasmo y participación populares y sobre todo la defensa de la soberanía contra Inglaterra y Francia; no se podían separar tampoco los “ejércitos libertadores” ni las “asociaciones de Mayo” de esas agresiones extranjeras y sus fondos de reptiles, ni ocultar al cañón de Obligado, ni a la victoria definitiva de los tratados de Southern y Lepredour. Ni el hecho de que Rosas fuese vencido por Brasil al adquirirle el general (y con el general el ejército) encargado de llevar en 1851 la guerra al Imperio enemigo.

No. A la época de Rosas no se podía estudiarla. Era necesario negarla en bloque; condenarla sin juicio previo: tiranía y nada más.

El problema se presentó a los legisladores porteños en 1858 al dictar la ley que declaraba a Rosas reo de lesa Patria. No lo hicieron porque así lo sintieran. Lo hicieron con la esperanza de que un fallo solemne impidiera una posterior investigación de carácter histórico por el argumento curial de la cosa juzgada. Lo dijo el diputado Emilio Agrelo. (“No podemos dejar el juicio de Rosas a la historia ¿qué dirán las generaciones venideras cuando sepan que el almirante Brown lo sirvió? ¿que el general San Martín le hizo donación de su espada? ¿que grandes y poderosas naciones se inclinaron ante su voluntad? No, señores diputados. Debemos condenar a Rosas, y condenarlo con términos tales que nadie quiera intentar mañana su defensa”). Absurdo, pero así fue.

Para la enseñanza primaria y secundaria bastaba rellenar los años posteriores a 1829 con los cargos contra Rosas de los escritores unitarios al servicio de los interventores europeos. Pues como Aberdeen, Guizot y Thiers necesitaran presentar su empresa colonial como una cruzada de la Civilización contra la Barbarie (como se presentan en todos los tiempos, todas las empresas coloniales de todos los imperialismos), existía una abundante literatura de horrores cometidos por Rosas, que iban desde el incesto con su hija a la venta de cabezas de unitarios como duraznos por las calles de Buenos Aires, pasando por rostros adobados con vinagre y orejas ensartadas en alambres que adornaban su salón de Palermo.

La presentación del monstruo, que tanto había impresionado a la clientela burguesa de Le constitutionelle de Thiers, hasta arrancarle un apoyo a las intervenciones que llevarían la civilización a los sauvages sudamericains (no ocurrió lo mismo en Inglaterra, pese al Manchester Guardian y a los discursos de Peel, tal vez por el mayor sentido común de los británicos) serviría ahora para adoctrinar a los niños argentinos en el horror al “tirano” y la repudio a sus “secuaces”. Todo lo que pudo servir contra Rosas (Tablas de sangre, novelas como Amalia, poesías condenatorias, alegatos de resentidos, chismes de comadres) fue vertido en dosis educativas en los libros de texto como definición de la “tiranía”. Contra ella los auxiliares del imperialismo lucharon veinte años con patriótico desinterés, pues el Catecismo de la Nueva Argentina presentaba un gran demonio rojo – Rosas – perseguido sin tregua por unos ángeles celestes.

Finalmente el Bien se imponía sobre el Mal como debe ocurrir en todos los relatos morales.

En la Universidad el cuadro se modificaba. Rosas seguía siendo el monstruo y sus enemigos los hombres de bien. Pero el gran crimen del “tirano” había sido postergar con argumentos fútiles por veinte años la ansiada constitución - objeto exclusivo de la revolución de Mayo – hasta caer por uno de sus tenientes (Urquiza) convertido oportunamente al constitucionalismo y la libertad. Llegó entonces la Constitución de 1853; pero como Urquiza tenía resabios federales debió esperarse hasta su derrota en Pavón para que los goces de la libertad se extendieran por toda la Argentina. El 12 de octubre de 1862, con la asunción de la presidencia por Mitre, se detenía “la historia”. Más allá no había nada importante (fuera del corto epílogo del Paraguay para abatir a otro “tirano” monstruoso en beneficio de su pueblo oprimido) y solamente se registraba una galería de presidentes con fechas de su ingreso y egreso y alguna frase final sobre “los grandes destinos”. Era cierto, certísimo que más allá de Caseros no había historia: las colonias felices, como las mujeres honestas, carecen de historia.

El funeral por las víctimas de la tiranía  
(24 de abril de 1877)

En esa Argentina fácil por fraguada y optimista por ignorancia, empezó a actuar el joven Saldías, egresado de la Facultad de Derecho de Buenos Aires en 1874.

Su pensamiento era ardorosamente liberal (¿cómo si no?). Quizá más que el de sus compañeros, porque era sensible y emotivo. Tenía una profunda fe liberal y un celeste horror por las tiranías y especialmente por “la tiranía”. Creía en los “individuos” en Ciencia Política y en los “consumidores” en Ciencia Económica: la libertad individual era la finalidad de todas las buenas constituciones, y la libertad de comercio el objeto de toda política material inteligente. No comprendía cómo algunos reaccionarios y atrasados pudieran ponerlo en duda, y se lo explicaba por afán de poder o especulación egoísta. Amaba a la patria y estaba dispuesto a dar la vida por ella; una patria de banderas, himnos, escarapelas, firmemente limitada por los colores de los mapas. Amaba también las bellas letras, sobre todo las clásicas que lo embelesaban. Y creía amar al pueblo – se definía sinceramente como demócrata – porque respetaba todas las opiniones vertidas en el Club del Progreso.

Con ese bagaje de ideas entró en la política, previo el necesario ingreso en la masonería para facilitar la carrera. Alsina lo lleva en 1877 a una banca en la Legislatura de Buenos Aires. Cultiva la amistad de Sarmiento (lo ayudó a escribir el prólogo de las traducciones de Vélez Sársfield y Varela a La Eneida) y admira a Mitre como historiador y patriota.



Un día – el 20 de abril de 1877 – el correo de Inglaterra trajo la noticia de la muerte de Rosas en su modesto retiro de Swanthling, cerca de Southampton. El viejo gaucho acababa pobre y octogenario con las manos callosas por el trabajo jamás interrumpido; con el aporte de algunos fieles amigos (y también algunos que fueron enemigos) se había ayudado cuando la vista decayó y los brazos se cansaron. Moría calumniado pero no amargado. ¡Qué podían importarle los aullidos de la jauría al legatario de la gloria de San Martín! Si alguna vez lo entristecieron las calumnias bastábale alzar la vista y mirar el sable de Chacabuco, único adorno de su choza. Pero nunca dudó de haber cumplido con patriotismo su deber de argentino.

Algunos parientes y viejos amigos de Buenos Aires contrataron un funeral piadoso en la iglesia de San Ignacio para el 24 de abril. Y aquí fue la indignación de todos: no había derecho a “ofender” a Buenos Aires con un funeral por el “tirano”. Los tiranos no merecían ni siquiera piedad, ni siquiera podía permitirse que otros tuvieran piedad. Los amigos y familiares de Rosas harían mejor en ocultar esos lazos de afecto o de sangre que no los honraban.

Bramó Tribuna de los Varela: “Ese funeral sería la tumba de nuestra dignidad y la carta de ciudadanía para todo tirano que encuentre llegado el momento”, y amenaza con “invadir las naves de San Ignacio y arrojar por tierra el túmulo que se erija como justificativo de lo injustificable: ¡la bárbara tiranía!”. El muy católico José Manuel Estrada exhortó a sus alumnos del Colegio Nacional, inmediato a San Ignacio: “¡Demos gracias al Cielo porque sabemos execrar a Rosas!... Se ha hundido en la eternidad. ¿Perdón? ¡¡No!! la caridad cristiana perdona al que se justifica en el arrepentimiento y el dolor, y Rosas no lo ha hecho. Las generaciones argentinas maldecirán perdurablemente sus obras y su tumba.”

El gobierno prohíbe el funeral “para mantener incólumes y puros los sentimientos de amor a la libertad y de odio a los tiranos”. No basta: es necesario desagaviar a Buenos Aires por la torpe intentona. Y el mismo 24 de abril en que debieron rezar los familiares por el alma de Rosas, numerosas personalidades de la política, el foro y la sociedad porteña invitan a un imponente funeral “por las víctimas de la tiranía de Rosas” en la Catedral. Adhiere el gobierno nacional (Avellaneda y Alsina), que dispone la bandera a media asta y la presencia de los regimientos de línea; adhiere el gobierno provincial (Casares, Quesada y Varela) que ordena la concurrencia de los empleados públicos a la “solemne ceremonia” y el desfile del batallón de la provincia. En la Catedral, Mitre y Alsina necesitados de una “conciliación” se dan un abrazo histórico hermanados en el horror al “tirano” y la piedad por sus víctimas. Se vive una jornada emocionante de civismo liberal.

Ajeno a su destino, Adolfo Saldías firmaba la invitación a la ceremonia de “execración al tirano”.

El “Belgrano” de Mitre y la “Historia” de López

Al año siguiente – 1878 – Saldías publica su primer libro Ensayo sobre la historia de la Constitución Argentina, revista de los códigos políticos ensayados hasta 1853. No entraba, naturalmente, en los tiempos de Rosas porque el “tirano” no tuvo constitución escrita ni intentó tenerla (no sabía aún que llamó cuadernitos a las constituciones copiadas), y esa ausencia le hacía repetir la frase habitual sobre “la negra noche de la tiranía”. Pasaba por alto la creación de la Confederación Argentina, las leyes o constituciones locales que dieron a cada provincia su personal fisonomía, la evolución del Pacto Federal hasta el Supremo Poder de 1851. Lo ignoraba tal vez; tal vez lo despreciaba por bárbaro. Pero con todo había un atisbo poco corriente en un joven de 27 años que escribía en 1878; llamaba “pueblo” a los anarquistas del año 20.

No se debió advertir, porque el Ensayo fue recibido y aplaudido por todos. Mitre desde La Nación dio al joven diputado alsinista (eran tiempos de “conciliación” y además Alsina acababa de morir) el espaldarazo consagratorio. El gobierno adquiere la totalidad de los ejemplares para distribuirlos como lectura obligatoria en los colegios nacionales.

La buena acogida de Mitre, lleva a Saldías a frecuentarlo. Admiraba a Mitre y acreció ese sentimiento por el trato afable y generoso del patriarca de la calle San Martín. Acababa Mitre de publicar – en 1876 – la 3ª edición de su Belgrano, primera tentativa en nuestro medio de escribir historia en base a documentos.

El Belgrano, pacientemente perfeccionado desde el gerundioso panegírico escolar de la “Galería de celebridades argentinas” de 1858 (que fue su edición príncipe), constituía en su 3ª tirada una obra sólida y erudita. Sirviéndole de eje la figura del vencedor de Tucumán, Mitre estudiaba la génesis de la Revolución y el desarrollo de la primera década de gobiernos patrios. Lo hacía con documentos, tal vez porque los alfilerazos de Vélez Sársfield en 1864 – que le imputó carencia de información y exceso de imaginación al tratar a Güemes en la 2ª edición del Belgrano – lo decidieron a coleccionar papeles y libros hasta tener en su casa (no había entonces archivos públicos organizados) un repositorio imponente.

Con el Belgrano, Mitre iniciaba la historia objetiva, documentada, científica, de los tiempos argentinos. Hasta entonces la narración adjetiva a lo Guizot con sus evocaciones y filosofías había sido la imperante. Ahora la historia dejaba de ser un género literario exclusivamente, para tomar, por lo menos, el método de las ciencias. Pues como todas las ciencias se proponía conocer y comprender una parte de la realidad; el de la Ciencia Histórica era conocer el pasado social.

No puede decirse que el Belgrano fue un modelo de historia objetiva: tiene insalvables lagunas de información y fallas gravísimas de interpretación (como lo demostraría al poco tiempo Vicente Fidel López) porque Mitre no era un historiador sino un político, o un general, o un poeta, o un periodista, en sus múltiples actividades; cada una de cuyas deformaciones profesionales deja su huella en el libro. Pero, con todo, era el primer ensayo serio de hacer historia crítica.

Tan entusiasmado quedó Mitre con el descubrimiento del método histórico, que en 1875, mientras elaboraba el Belgrano, se había burlado sin piedad de Vicente Fidel

López que escribía por entonces – entre 1872 y 1875 – un estudio sobre La Revolución Argentina primera forma de su posterior y monumental Historia de la República Argentina, en diez tomos. López era la evocación literaria llevada a sus últimas consecuencias: con el solo caudal de la memoria frágil de su padre, venerable testigo de todo lo ocurrido en todos los gobiernos, y algunos recortes de periódicos, reconstruía con trazos magistrales a los hombres y las cosas del pasado íntegro; no necesitaba documentos, le bastaba la imaginación (él la llamaba “filosofía”) para evocar y comprender todo lo ocurrido. Era sin duda un escritor de gran estilo, que sabía dar vida, colorido y movimiento a sus personajes. Solamente que nada tenían de reales.

Mitre, iniciado en los misterios de la crítica histórica, quiso en 1875 apagar el entusiasmo del chileno Barros Arana por los artículos de López, escribiéndole una carta (que Barros Arana tuvo la poca generosidad o discreción de publicar) diciéndole: “este escritor (López) debe tomarse con cautela... escribe la historia más bien según una teoría basada en hipótesis, que con arreglo a un sistema metódico de comprobación... su bagaje es muy liviano. Guiado por la brújula de su teoría afirma en cada página lo contrario de lo que dicen los documentos... todo es falso y arbitrario”.

López, que tenía con Mitre una vieja deuda desde las jornadas de junio de 1852, esperó a que editase su Belgrano metódico y científico para lanzarse implacable sobre el “método científico” que se equivocaba más que él.

Contestó Mitre en sus Comprobaciones Históricas; replicó López en sus Rectificaciones; aclaró Mitre en sus Nuevas Comprobaciones. Y quedó por cierto del estruendoso duelo que ambos tenían razón: Mitre contra López al decir que la historia debería elaborarse con documentos, y López contra Mitre porque el general no sabía manejarse con documentos.

### Génesis de “Rosas y su época”

Saldías siguió atento y entusiasmado esa lucha de titanes. Vio en ella la discusión de dos maneras opuestas de escribir la historia, y tomó campo junto a Mitre.

Era un admirador del Belgrano (en su metódica edición de 1876) que le pareció la obra fundamental de la historiografía Argentina. Lástima grande que se detuviera en 1820; tal vez incitó al general a continuarla. Pero Mitre prefería valerse de sus documentos para escribir una Historia de San Martín, con alcance prudente hasta 1824, al primer regreso del general a Europa, ir más allá de 1820 ó 1824 exigía una nueva cosecha de documentos, que no se sentía con fuerzas para recoger. Era tarea de jóvenes.

Lo cierto es que Saldías se dispuso a continuar el libro del maestro. Veía la historia Argentina en tres etapas perfectamente definidas:

la independencia, la tiranía y la libertad.

Mitre había desenvuelto la primera con su Historia de Belgrano y la independencia argentina; él seguiría con una Historia de Rosas y la tiranía argentina; después llegaría el libro cumbre Historia de Mitre y la libertad argentina. Belgrano, Rosas y Mitre: el iniciador, el destructor y el reconstructor. Vishnú, Shiva y Brahma: la trinidad argentina.

Se puso a la obra.

Poco sabía de Rosas: los adjetivos de rigor, las Tablas de sangre, Amalia.

No podía hacer historia científica con chismes de comadres unitarias, panfletos de propaganda política o novelas románticas de imaginación, por más veraces que le parecieran las afirmaciones y más nobles las intenciones de sus autores.

Diligente y curioso se puso a compulsar periódicos de época. Encontró las colecciones de la Gaceta Mercantil de Mariño y del Archivo Americano de Pedro de Angelis. La meticulosidad de los amanuenses del “tirano” le facilitaban el trabajo: diríase que el mismo Rosas había previsto a su historiador y allí estaban, sin omitirse ninguno, todos los documentos oficiales: los de Rosas, los de sus enemigos, de los gobiernos extranjeros, los comentarios favorables de la prensa del mundo, los desfavorables (cuidadosamente rebatidos), los debates sobre el Plata en el Parlamento de Londres, de París, de Brasil; los debates de la Junta de Representantes de Buenos Aires; los mensajes, las notas a los gobernadores, las de éstos. Todo sin omitir una coma, sin cambiar una frase. Para mayor garantía el Archivo estaba escrito en tres idiomas: español, inglés y francés. Buscó también los periódicos y panfletos unitarios.

Imagino el asombro de Saldías al recorrer las hojas amarillentas. Descubrir los tiempos de Rosas era penetrar en un mundo desconocido donde todo era nuevo y sorprendente. Allí estaba la Patria Vieja con sus gauchos y orilleros, sus “naciones” de negros, sus milicias, sus colorados, sus serenos; allí la ciudad pintada de rojo; allí don Juan Manuel, envuelto en su poncho punzó, agrandándose ante el peligro y desafiando a las escuadras de Inglaterra y Francia.

Absorto leyó y meditó. Comprendió entonces lo que era “patria”, lo que era “pueblo”, lo que era “soberanía”, lo que era “victoria”. Y supo también lo que era “traición”. Tuvo el orgullo y la vergüenza de sentirse argentino.

Comparó esos tiempos con los suyos, y vio claras muchas cosas oscuras. Ayer el entusiasmo de todo un pueblo, la energía de un gran Jefe, la generosidad criolla, la verdad expresada a gritos, la afirmación vibrante, el remedio heroico; hoy el “lucro ilegítimo, la mitad de la sociedad tributaria de la otra mitad, la avaricia sórdida, la explotación vergonzosa, la mentira erigida en sistema, la virtud puesta en ridículo” (palabras del capítulo 1º de su libro). Ayer un Dictador con la suma de poderes, pero por decisión unánime y entusiasta del pueblo que lo acompañaba con su presencia en todos los momentos; hoy el fraude electoral, los gobernantes señalados desde

afuera, las órdenes de las cofradías o logias secretas (“el pueblo – que es la nación – jamás toma la personería que le corresponde en esa cuestión de gobierno que envuelve para él sus intereses más íntimos y vitales”, escribiría en el mismo capítulo). Ayer el desafío a los poderosos, el cañón de Obligado, los tratados de Southern y Lepredour; hoy los ruinosos empréstitos a comisión, los ferrocarriles entregados a los ingleses, los diarios coloniales.

¡Qué gran equivocación, qué tremenda equivocación padecían todos con Rosas y su época!

Saldías debió consultar a Mitre. Pero el maestro debió colocarle sus frases de retórica sobre el triunfo definitivo de Caseros y la execración, – que Saldías se empeñaba en compartir – a tenerse siempre por “toda tiranía”. Debió hablar también con Sarmiento, que le repetiría su frase a Ramos Mexía: “Jovencito: no tome como oro de buena ley todo lo que he escrito contra Rosas”.

Rosas habría sido un “tirano” – no dudaba aún de su crueldad ¿pero merecían otro trato los traidores a la patria? –, mas también había sido un jefe muy popular, un gobernante singularmente hábil y enérgico, y sobre todo un gran patriota, aunque inexplicablemente todos creyeran lo contrario.

## El archivo de Rosas

Alguien – tal vez el doctor Bernardo de Irigoyen, que en la intimidad guardaba el respeto y la veneración por el Restaurador – le puso en la pista del archivo de Rosas.

La tarde de Caseros, la gran preocupación del vencido había sido salvar sus papeles; como si comprendiera que los vencedores los darían al fuego para rehacer la historia a su manera. En varios cajones los hizo llevar – su único tesoro – a la Legación inglesa de la calle Defensa, y de allí al Conflict donde marchó al exilio.

Había cuidado esos papeles con veneración. Por las noches de Inglaterra, finalizadas las tareas de la chacra, clasificaba y ordenaba su enorme y valiosísimo repositorio. Temía que sus enemigos lo quemaran – tal vez no fueran aprehensiones – y con su escaso peculio pagaba un sereno para que vigilase. Después de su muerte el archivo quedó en la casa de Manuelita en un barrio del norte de Londres.

Saldías no lo pensó más. Se embarcó para Londres y visitó a Manuelita.

No encontró inconveniente – ¡por el contrario! – y la hija de Rosas y su esposo Máximo Terrero no solamente le dieron acceso al archivo de Rosas – que ocupaba todo el desván – sino que lo acogieron en esa casa londinense con la vieja y generosa hospitalidad de los porteños de antes.

Allí estaban, en numerosos cajones, los documentos más valiosos de la Argentina; todas las cartas recibidas por Rosas: de San Martín, Alvear, Palmerston, Belzu, Sarratea, Oribe, etc.; copia correcta y autenticada de todas las enviadas; los borradores de las notas oficiales, de los mensajes, de las notas diplomáticas; los informes reservados de sus ministros en Londres, París Wáshington y Río de Janeiro; los informes reservados de la policía.

Todo cuidadosamente clasificado por años y materias, en sus correspondientes carpetas y legajos, de acuerdo al meticuloso orden de Rosas. Otra vez el Restaurador – ya no lo llamaba “tirano” – le facilitaba la tarea.

Largas tardes de Londres pasó escrutando y copiando el archivo de Rosas. Al tener su material completo – Manuelita le regaló los documentos más importantes del archivo – editó en 1881, en París, el primer tomo, en 1884 el segundo, y en 1887 el tercero de la Historia de Rosas y su época.

#### La “Historia de Rosas”

Era la obra más importante de historia argentina escrita hasta entonces. La aplicación del método histórico revolucionaba las ideas corrientes sobre “una época – decía el capítulo 1º – que no ha sido estudiada todavía y de la cual no hemos tenido más idea que las de represión y propaganda”.

Saldías era liberal, seguía siéndolo a pesar de todo: “no necesito demostrar mi odio a las tiranías” lo señalaba con el ejemplo de su vida. Admiraba a Rivadavia, a Echeverría a Sarmiento, a Mitre. Pero como amaba a la libertad sinceramente, por eso amaba a la verdad. “No se sirve a la libertad manteniendo los odios del pasado... los viejos y estériles rencores”. No quiso llevar ese odio a la historia anterior a Caseros: el historiador es un juez que distribuye justicia sin pasiones partidarias. No se colocó en el odio liberal a Rosas para juzgar su personalidad y su época. Fue más alto: se colocó en las conveniencias de la Argentina como nación y de los argentinos como integrantes de una nación.

Como era sinceramente liberal, condenaba al “liberalismo” advenido después de Caseros por más tiránico, feroz e hipócrita que el autoritario pero sincero gobierno de Rosas. No era el de ahora sino un liberalismo de frases de cuya génesis ínexcusablemente excluía a los próceres liberales, que habían servido para que los intereses materiales predominaran sobre los intelectuales. Aquello de antes de Caseros sería una nacionalidad bárbara, emotiva, apasionada si se quiere, pero era una nacionalidad. Se la había sacrificado a esa “ecuación del mercantilismo cuya incógnita era la nacionalidad que nunca se encontró”.

Ahora no teníamos ni patria, ni pueblo. Pese a los grandes hombres en que todavía creía: Mitre, Sarmiento. Quizá pudiéramos recuperarlos al descorrer el velo de “los

viejos y estériles rencores” que ocultaban al pasado. El ejemplo de la Confederación y de su íntegro Jefe – depurados de “errores” naturales de época – tal vez salvara a la Argentina.

Mandó el libro a Mitre ¿quién mejor podría juzgarlo y apreciarlo? Ignoro en qué términos redactó la carta de envío, pero en ella lo llamaba “maestro”. Le diría algo así: “Vea maestro qué tremendo error hemos cometido todos con Rosas y su época; el método crítico que usted me enseñó ha restablecido la verdad: los documentos de esos tiempos son de gran elocuencia. Rosas habrá sido un “tirano” es cierto, pero hay momentos en que las “instituciones” deben ceder ante los intereses de la patria misma. Pero fue también un patriota y un hombre íntegro, como usted, como Rivadavia y Sarmiento, y además tuvo la suerte de tener un pueblo tras suyo. Usted actuó muy joven en su contra y mal informado como estaban todos en Montevideo; si hubiera aplicado entonces su “método crítico” habría militado, no lo dudo, en las filas de Rosas.”

#### La carta de Mitre

¡Qué tremendamente ingenuo era Adolfo Saldías! Mitre le contestó con una andanada retórica. Su carta del 15 de octubre de 1887, fue reproducida con gran estrépito por La Nación del 19. Apabullante admonición del maestro al discípulo descarriado.

Está bien hacer historia con documentos, método histórico, criterio imparcial. Pero no tanto. Olvidaba Saldías que Rosas había sido un “tirano”. “Cree usted ser imparcial, no lo es, ni equitativo siquiera” tronaba indignado el maestro. Porque no se podía juzgar a Rosas y a su época con abrogación de los nobles odios que todo buen liberal debe conservar siempre a la “tiranía” (y Mitre se jactaba de “guardarlos conscientemente”). De otro modo se caía en la parcialidad de equiparlo a un gobernante liberal; “su punto de partida que es la emancipación del odio a la caída de Rosas lo retrotrae al pasado por una reacción impulsiva”. Al dejar de execrar al tirano, necesariamente llegaba a comprenderlo.

La asiduidad con los documentos y papeles de Rosas había deformado la pura conciencia liberal del discípulo: le habían impregnado el espíritu y el criterio de una época definitivamente muerta y enterrada. Ponerse en el espíritu de esa época era reaccionario y atrasado, era ponerse “en oposición al espíritu universal que está en la atmósfera del planeta que habitamos”; era tomar a los argentinos con prescindencia de “la libertad, las instituciones, la moral pública, que dan su razón de ser y su significación a los hombres que pasan a la historia marcando los más altos niveles en el gobierno de los pueblos libres...” Dueño del futuro, como lo era de la historia, el general lamentaba que su ex discípulo hubiera “desandado el camino que lo conduciría al punto de vista en que se colocará la posteridad, colocándose en un punto de vista falso y atrasado”.

Juzgar a Rosas con el criterio de un argentino de esa Confederación concluida en Caseros era malo, muy malo; porque Caseros no se podía rehacer “como partida de ajedrez mal jugada”, ya que era nada menos que “el punto de partida de la época actual, complementada por otra batalla también necesaria y fecunda” que el general no nombraba por modestia, porque era Pavón y constituyó el único – aunque sospechoso – triunfo militar de su carrera de guerrero. Las grandes batallas “no sólo vencen, convencen” ( ¡vae victis! ); contra la elocuencia del triunfo nada valían lamentos o nostalgias. No pueden investigarse – “rehacerse teóricamente” dice con eufemismo – “no se rehacen porque son definitivas”. “Protestar contra sus resultados legítimos... es protestar contra la corriente del tiempo que nos envuelve y lleva a la Nación Argentina hacia los grandes destinos que se diseñan claros en el horizonte cercano” ¡Ah!.

Imaginamos a Saldías absorto, dolido, tal vez con conciencia de culpa ante la andanada impresionante del maestro. Una caricatura del Quijote (la carta de Mitre dio que hablar a “todo” Buenos Aires como era natural) lo presenta como un escolar lloroso por la palmeta del maestro – que es Mitre – al haber llevado al aula un retrato de Rosas: “¡Niño, eso no se hace!”

Mitre era “el maestro”, así lo tuvo siempre, y así lo había llamado al dedicarle su Rosas. Precisamente para continuar la inconcluida trilogía iniciada por el Belgrano acaba de escribirlo. ¿Podía contestar a Mitre?... No, no podía. Hubiera sido carecer de sentido de las proporciones, debatir con el patriarca respetado de la calle San Martín. Además, ¿cómo hacerlo? El general no le corregía la verdad de un solo documento, ni objetaba el buen razonamiento empleado. Se dolía de que llamara “traidores, y por varias veces” a quienes se habían unido con el enemigo y prestado ayuda y socorro. Respetaba su dolor, pero no podía excusarlo. ¿Cómo, por otra parte, objetar la disculpa de Mitre ante el estigma de traidores a los unitarios que “buscaron fuerzas concurrentes”, por la circunstancia de que “lo mismo hicieron los federales que se alzaron contra Rosas”? ¿Cómo aclararle que la traición a la patria de Urquiza al auxiliar a Brasil no justificaba la traición a la patria de los auxiliares de Inglaterra o Francia? ¿Cómo contestarle cuando llamaba ladrón a Rosas “porque así lo ha declarado la justicia”? ¿De qué modo rebatir la firme fe del general “en que el pueblo luchó cuarenta años (¿cuarenta?) contra el tirano”? ¿Qué pueblo? ¿Habría leído el libro, o simplemente lo había ojeado, rechazándolo con desdén? De otra manera no se podía explicar su juicio sobre el motín de los estancieros del sur en 1839 y el levantamiento oligárquico de Corrientes con Berón de Astrada “las dos revoluciones más populares de que haya memoria en los fastos argentinos” cuando en el Rosas se demostraba con documentos precisamente lo contrario.

¿Cómo responder, sobre todo, a esa frase de que “el espacio en que se dilatan sus ideas está encerrado dentro del círculo estrecho de acción a que subordina su teoría derivada del hecho, que es su fórmula”, que por más que se empeñaba no conseguía entender.

La conspiración del silencio



Con todo, debía agradecer a Mitre la oportunidad de que se hiciera algún alboroto en torno a la Historia de Rosas. Porque después llegaría el silencio. Los diarios cobraron una repentina afonía, los críticos enmudecieron, los escritores callaron; en los salones del Club del Progreso encontraba pausas rumorosas, o sonrisas irónicas de quienes se regocijaban íntimamente de su paso en falso. Los amigos más queridos se volvieron taciturnos, los compañeros y colegas se tornaron lacónicos; nadie hablaba, nadie escribía, nadie comentaba el libro que él creyera iba a conmover a la Argentina. No había ataques ni elogios: quietud, reposo, distancia solamente. De cuando en cuando le llegaba alguna anécdota como la comentada por el mismo Saldías en febrero de 1898 en La Biblioteca de Groussac: Un profesor lo había llamado “panegirista del tirano” en clase – ¿Usted ha leído el libro de Saldías? – ¿Yo? Yo no leo “eso”.

No, no lo leían, no podían leerlo. Estaban instalados en la cómoda idea de la historia oficial y no querían cambiar. Pues todo cambio significaba molestias, meditar, abrir un juicio, comparar lecturas, quitar del pedestal algunos próceres y poner otros. La ley del mínimo esfuerzo se cumple – y sobremanera – en los esfuerzos intelectuales. Eran argentinos, sinceramente argentinos, pero tenían su “idea” y todo lo que chocara con ella los irritaba. No tanto por ir contra esa “patria” formal recibida desde la niñez, sino porque le señalaba un esfuerzo que no tenían deseos de tomarse. Mitre había hablado y se acabó – magister dixit – la pretensión de rehabilitar tiranos.

Recurrió a los “hermanos” de la logia; recibió acuses amables de recibo y la promesa “de leerlo en la primera oportunidad”. Insistió ante los periódicos ligados a la fraternidad: “El libro del doctor Saldías demuestra las condiciones estímulas de su autor para la narración histórica, que nos hacemos un deber en señalar aún cuando no compartamos su juicio sobre la tiranía de Rosas” decía Nacional. Frases de favor de alguien que no leyó o no quiso leer, o no pudo hablar.

Del extranjero vino, en cambio, la solidaridad de quienes no dependían de la tiranía literaria de La Nación o de las conveniencias de las logias o las cofradías: René Moreno, desde Chile, lo admira por haber perseverado en editar los tres tomos, ya que “en torno suyo alentaba una conspiración de silencio”; Ricardo Palma, desde Lima, lo consuela por la caricatura del Quijote ya que “ser preferible los picotones a que sobre su libro se haga la conjuración del silencio”.

Tras la andanada de Mitre había callado La Nación; calló también el Quijote, callaron todos. El joven promisorio de 1877 era el fracasado de 1887. Debieron serle un gran consuelo las cartas entusiasmadas de Manuelita Rosas escritas con sus trémulas manos de anciana: “Realmente esa obra es ¡colosal! Estamos leyendo el primer tomo, yo en alta voz para que mi pobre Máximo no pierda el hilo, la comprenda bien y no fatigue su cabeza. Las verídicas referencias a los antecedentes y hechos gloriosos de mi finado padre, bien me han conmovido” le escribe desde Londres. O el apoyo efusivo del viejo coronel Prudencio Arnold de Rosario, el aliento de Antonino Reyes desde Montevideo o la simpatía con que Bernardo de Irigoyen le hablaba, en el recato de su salón privado, del extraordinario valor histórico de su libro, y el más extraordinario coraje de su autor al editarlo.

Nadie comentaba en público el Rosas, pero desaparecía de los anaqueles. Al año de ponerse a la venta el tercer tomo, ya no quedaba un solo ejemplar. ¿Éxito genuino o maniobra de algunos para hacerlo desaparecer? Por consejo de Irigoyen lo volvió a editar, cambiándole el nombre: ahora se llamaría Historia de la Confederación Argentina. La palabra “Rosas” era todavía demasiado fuerte para un libro argentino de historia.

### La “Historia de la Confederación Argentina”

También agotó la segunda edición en poco tiempo. No obstante la barrera del silencio, el libro producía su efecto. Escaso en la Argentina: algunos débiles susurros, poco a poco elevados a murmullos. Ya el coronel Arnold se atrevía a escribir folletos en defensa “de S. E. el Excmo. Señor Restaurador de las Leyes, Brigadier General don Juan Manuel de Rosas” apoyándose en los documentos mencionados por Saldías, y en su autoridad como historiador.

Lentamente se iba conociendo la verdad sobre Rosas; una marea popular, libre de consignas “secretas” o de prevenciones literarias, pero que no llegaba a las esferas superiores y menos a la enseñanza. Un día – corrían los tiempos de Juárez Celman – el Quijote publicó un dibujo de Stein: Rosas alzándose de un sepulcro ante un borrico (Juárez Celman) ahorcado en un farol; a su lado varios muertos (Cárcano en figura de mono, una oveja, etc.) con el cartel “agiotistas, raspas, tramposos”. Y como leyenda esta cuarteta: “Si se alzara de la tumba / ¡a cuántos escarmentaría! / el país que hoy se derrumba / con un Rosas vencería.”

Pero el mayor efecto de la Historia de la Confederación se producía fuera del país. Aquí resultaba difícil romper la barrera de intereses que impedía conocer o juzgar al pasado. Pero donde no llegaba La Nación, donde no tenían eco las consignas repartidas desde las logias, donde a nadie se le importaba que el libro fuera “panegirista” de éste o de aquel tirano y ofensivo para el prócer tal o cual, Saldías tuvo un éxito completo y perdurable. En sus páginas comprendió la verdad el mejicano Carlos Pereyra, que inicia su Rosas y Thiers con esta frase, apoyada en el libro de Saldías: “A Rosas no se lo ha historiado; se lo ha novelado. Y se lo ha novelado en folletín. Otros hombres públicos odiados y maldecidos, han tenido la fortuna de no merecer en tan alto grado la atención preferente de las comadres de ambos sexos, amantes de explicarlo todo por la fístula.” La conoció también el brasileño Pandia Calógeras al decir en su Formação Histórica do Brasil (p. 205, trad.): “la campaña (de Rivera Indarte y la Comisión Argentina de Montevideo) de panfletos, artículos de diarios, de revistas, de libros, abrazó América y Europa, y consiguió colocar a la Argentina, a sus autoridades, y principalmente a su dictador, bajo el aspecto de una tierra de monstruos inauditos... La honra de la historia exige que sean revisados tales juicios difamatorios. Ciertamente no era Rosas un jefe blando o de manos leves: poseía un genio voluntarioso, un carácter incapaz de doblarse. Pero era también un estadista, un hombre de ideales y de ejecución, cualidades que no

se encuentran tan frecuentemente como es de desear. Los principales autores de ese ambiente de exageración y calumnias eran los miembros de la Comisión Argentina unitaria, de Montevideo. Se hallaban entre ellos hombres del más alto valor por la cultura, talento y coraje. Pero cegábalos la pasión partidaria. Es posible decir que traicionaron a su patria llamando a la invasión extranjera y al oro francés para vencer a su propia tierra natal. Rosas, en cambio, defendía la libertad, independencia y respeto de la Confederación” Idea que amplía, con documentación brasileña, en su otro libro Da regencia a queda de Rosas (1831-1852).

Después el uruguayo Luis Alberto de Herrera, quien acusa en sus obras históricas – principalmente Orígenes de la guerra Grande. Por la verdad histórica y La pseudo-historia para el delfín – la influencia decisiva del libro de Saldías en el conocimiento y comprensión de la guerra grande oriental.

## El siglo XX

Tardó más tiempo en hacerse la luz en la Argentina, porque era difícil sacudir la densa atmósfera dominante. Una brecha amplia abriría Ernesto Quesada con su libro de 1898 La época de Rosas, seguida por las monografías sobre la guerra civil de 1840 confeccionadas en base al archivo de Pacheco Lamadrid y la Liga del norte, Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado, Pacheco y la campaña de Cuyo, Acha y la batalla de Angaco.

Vinieron en el siglo XX nuevos tiempos para la patria de Rosas. Los hijos de los gringos se sintieron identificados con la tierra y reclamaron su lugar en ella; los hijos de los criollos de las orillas sacudieron su logrerismo y su complejo de inferioridad. Al iniciarse el nuevo siglo podía advertirse que amanecía un “pueblo” en la Argentina; y con el pueblo, partidos populares, caudillos populares, reivindicaciones populares y también un vago, pintoresco, musical, espíritu de nacionalidad que salpicó algo también a los de arriba. Una parte de la clase dirigente – la generación del Centenario – se replegó contra la “chusma anarquista” en defensa de sus privilegios y sostuvo con encono, pero con menos sinceridad que sus padres del 80, la convicción de que su clase era toda la patria. Pero otra parte, más generosa o comprensiva, quiso saber por qué la Argentina no era dueña de sus destinos y cómo haría para volver a serlo.

Ya la oligarquía no era la misma. Sus dirigentes – Sarmiento, Mitre, Pellegrini, Roca – habían muerto y no eran reemplazados por valores equivalentes. La colonia dejaba de ser colonia, y un espíritu nacional afloraba por todas partes.

Empezaron los tiempos del radicalismo, partido ya bastante popular conducido por un nieto de mazorqueros – Hipólito Yrigoyen –, a quien otro nieto de federales – Roque Sáenz Peña – permitió el triunfo con su ley electoral. No podía pedírsele al jefe del radicalismo el cumplimiento completo del “desagravio al honor de la Nación y la restauración de su vida moral y política”, que fuera su programa de candidato en 1916,

y que necesariamente debería empezar por el desagravio y la restauración de la historia Argentina. Era ya bastante que hablara de “honor de la Nación” y de “Restauración”, palabras federales. Algo más hubiera sido imposible en la segunda década del siglo; una cosa era captar las inquietudes de la masa popular, y otra muy distinta contar los hombres capaces y convencidos para llevar a cabo ese desagravio y esa restauración. Los intelectuales – como sucede por regla general en todos los países coloniales o semicoloniales – seguían incommoviblemente extranjerizantes. Los “inteligentuales”, al decir de Leonardo Castellani, que son fruto de factoría y no pueden pensar ni escribir como expresión de un pueblo.

Algo semejante al drama del radicalismo, movimiento popular que no atinó o no pudo enraizarse en el pasado, y por eso careció de futuro, ocurriría después con la segunda gran ola popular empezada en 1943. Por eso pudo ser contenida en 1955.

### El revisionismo histórico

Llegó el día en que la Historia de Saldías volvió desde México, Montevideo, Río de Janeiro o Madrid a su Buenos Aires originario. En 1922 Carlos Ibarguren tomaba con precauciones, pero evidente simpatía, la figura de Rosas en su famoso curso sobre “Las dictaduras trascendentales” de la Facultad de Filosofía y Letras, llevado al libro como Juan Manuel de Rosas, su historia, su vida, su drama. Es cierto que llamaba “tirano” a Rosas y aceptaba como oro de buena ley muchas cosas de la historia falsificada, pero trasuntaba la grandeza del Restaurador y había un aliento de patria. Después Ricardo Caballero, en un intento desoído de entroncar al partido radical con el viejo federalismo, alzaba en el Senado su voz admonitoria contra Mitre y Sarmiento y mencionaba con unción a Rosas, sin que nadie intentare replicarla. Y Corvalán Mendilaharsu, Font Ezcurra, Ramírez Juárez, Lascano (para mencionar algunos desaparecidos) publicaban sus libros o monografías elogiosas de los tiempos de Rosas. En 1933, Alfredo Bello agitaba desde Santa Fe la repatriación de los restos de Rosas, que puso una nota de escándalo – pero puso una nota – en el medio refractario.

El 15 de junio de 1938, centenario de Estanislao López, se fundaba en Santa Fe, al llamado de Alfredo Bello, el Instituto de Estudios Federalistas “para luchar por una ya impostergable revisión histórica”. El grito de Santa Fe iba a encontrar eco por toda la república; el primero fue la fundación – el 5 de agosto de ese año – del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas de Buenos Aires con la presidencia del general Ithurbide.

Nació el “revisionismo histórico”, el movimiento intelectual más auténtico, de mayor trascendencia – y el único de resonancia popular – habido en la Argentina. Su propósito no era, solamente, reivindicar la persona y el gobierno de Rosas en un debate académico ya ganado de antemano, pero que de antemano sabíase que habría de rehusarse. Era reivindicar a la patria y al pueblo – la “tierra y los hombres” – recobrando la auténtica

historia de los argentinos. A la falseada noción del pasado, que nos había convertido y mantenido en un estado de colonia espiritual y material, se opondría la verdad de una tradición heroica y criollísima para que la Argentina se recuperase como nación. De paso derrumbaría con indignada iconoclastia a los “próceres” de la antipatria que llevaron al coloniaje. Era combativo y apasionado, con pasión de patria.

Como escuela historicista, el revisionismo expuso su método de investigar y explicar el pasado. No tuvo que ir muy lejos: era el mismo de Saldías (el que Mitre le achacaba a Saldías) para escribir su Historia de la Confederación. Pero llevado a su lógica consecuencia: el repudio del liberalismo. Primero una labor investigadora para reconstruir los hechos históricos conforme al más severo método crítico. Y luego una tarea de interpretación, juzgando esos hechos, no desde la libertad, las instituciones, la humanidad ni las conveniencias de ésta o aquella ideología -como quería Mitre -, sino desde la Argentina como nación – una Argentina como parte de la hermandad hispanoamericana – y desde los argentinos como integrantes de una nación.

Como germen de la Argentina soberana de mañana, el revisionismo ganó fácil y triunfalmente a las capas sociales inferiores: les trajo la conciencia de nacionalidad donde patria y pueblo eran una sola y misma cosa: el culto de los auténticos héroes de un pasado escondido por la oligarquía, y la certeza de que el pueblo es el autor principal de una verdadera nación.

Y como la Argentina ya dejaba de ser la colonia feliz del siglo pasado, el revisionismo pudo resistir triunfante a todas las pruebas – conspiración del silencio, tergiversación, cesantías de profesores y aun cárceles y exilios – de un liberalismo definitivamente en retirada.

## LA TRIPLE INFAMIA

El 16 de abril de 1865 se supo en Buenos Aires que el ejército paraguayo del general Robles había ocupado Corrientes.

La agresión paraguaya indignó a los argentinos, aun a los más entusiastas paraguayistas. Los diarios clamaron por el agravio gratuito al pabellón nacional, un rayo en cielo sereno, que obligaba a los argentinos a tomar campo junto al imperio contra el histérico tirano de los trópicos, que desconocía el derecho de gentes. Claro que el público no estaba al tanto de los antecedentes de la actitud paraguaya: que se había negado el tránsito a los paraguayos por las desiertas Misiones para acudir en defensa de los uruguayos, al tiempo de permitirse la navegación de los ríos argentinos a la escuadra de

guerra brasileña; que el apoyo del gobierno de Mitre a la invasión brasileña en Uruguay había sido constante; que las bombas con las cuales el almirante brasileño Tamandaré destruyó Paysandú las había suministrado el arsenal de Buenos Aires; ni que un mes antes de la agresión gratuita – el 18 de marzo – el congreso paraguayo había declarado formalmente la guerra al actual gobierno argentino..., sin confundir al pueblo argentino con esa facción demagógica que gobierna Buenos Aires.

Tampoco sabía el público que desde el 11 de marzo estaba en Buenos Aires el Consejero Imperial Francisco Octaviano de Almeida Rosa, con plenos poderes para concertar una alianza con el gobierno argentino, a la cual podría acoplarse el gobierno títere que los brasileños acababan de instalar en Montevideo. El entusiasmo de esos momentos bélicos hizo reparar a muy pocos que a los tres días de conocerse la agresión en Buenos Aires, estuviese redactado un pacto de alianza entre Octaviano, el canciller argentino Elizalde y el uruguayo Carlos de Castro.

Se sucedieron entonces los episodios heroicos de la primera parte de la guerra: la tentativa de recuperar Corrientes el 25 de mayo, el fracaso de la invasión paraguaya, la contraofensiva de los aliados sobre Paraguay y la batalla, al parecer definitiva, de Tuyuty el 24 de mayo de 1866. Si no en tres meses, como lo había supuesto Mitre, en poco más de un año los aliados podrían arrojar al tirano de la Asunción.

Pero las cosas no ocurrieron a ese ritmo.

Una bomba más poderosa que las disparadas por el Cristiano (el cañón forjado en Paraguay, que defendía a Humaitá) estalló en Londres, y su

metralla hirió de gravedad a los aliados. El 2 de marzo de 1866 el Libro Azul británico daba el texto completo del tratado secreto que el Foreign Office se había procurado por sus poderosos recursos. Aquello resultó tremendo: se

supo que la guerra no se hacía contra un tirano, sino para entregar, o poco menos, Paraguay a Brasil, quedándose el gobierno argentino con las migajas,

primero fue la sorpresa, después el desconcierto, finalmente la indignación. La América, diario porteño, reprodujo el texto en sus números del 5 y 6 de mayo. El tratado es secreto, la sesión en que lo aprobó el Congreso argentino fue secreta, sólo la vergüenza es pública, clamó Guido y Spano. El Pueblo del 9 de mayo trató de explicar que Mitre había sido enredado en la

trama paciente y prolijamente urdida del Imperio; El Libro Azul viene a advertir a la democracia dormida que la han vendido por treinta dineros, dijo Alberdi desde París. Por toda América se oyó un clamor unánime contra la triple infamia.

La vergüenza paralizó el ímpetu de los argentinos, al tiempo que la resolución de defender la patria a cualquier precio templaba a los paraguayos. La guerra tomó un sesgo diferente. El 16 de julio, Mitre ordenó el ataque a las trincheras paraguayas de Boquerón, y aquello resultó un desastre. Se estrellaron sucesivamente divisiones brasileñas, argentinas y uruguayas, en dos días de combate, contra las trincheras

paraguayas. Y se hubiesen estrellado todas las fuerzas aliadas si el general Flores, desobedeciendo a Mitre, no hubiese ordenado la retirada. Quedaron cinco mil cadáveres argentinos, brasileños y uruguayos.

## MUNICIPIO O NACIÓN

En 1822, San Martín está en el Perú. Necesita la ayuda de su patria para consolidar la guerra de la independencia. Pero la Argentina se había destrozado en trece provincias independientes, y la más importante – Buenos Aires – no hacía mucho por restablecer la unidad nacional. El ministro Rivadavia estaba entregado a una obra edilicia de proporciones y empleaba en ello el producido de la aduana que era, en esencia, un recurso nacional.

San Martín esperaba que un cuerpo expedicionario partiera de las provincias argentinas del Norte y ocupase el Alto Perú, tomando en un movimiento de pinzas a las fuerzas españolas. El ejército estaba – era el mismo que había mandado Belgrano hasta 1819 –, pero sus distintos cuerpos se habían diseminado por las provincias. Era necesario reunirlos, darles un jefe y comprarles armas. Para eso hacía falta plata, y sólo Buenos Aires podía proveerla. Entonces San Martín mandó al comandante peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente a Buenos Aires.

El 7 de julio se reunió Valeper, logia secreta que funcionaba en Buenos Aires. Iban a discutir el problema. ¿Conviene o no a Buenos Aires emprender, ayudada por las demás provincias, una expedición libertadora de las del Perú?. Las exposiciones han sido exhumadas por Gregorio F. Rodríguez en su valioso libro *Contribución histórica y documental*

En favor de la expedición estuvieron: el sanjuanino Ruperto Godoy porque Buenos Aires estaba en el deber de socorrer a las provincias después que les hizo comprender y amar a la Revolución, y el puntano Crisóstomo Lafinur porque la gloria y el interés mismo de Buenos Aires exigían esta empresa.

Pero en contra se pronunció la mayoría: el porteño Valentín Alsina, partidario del aislamiento de Buenos Aires, creía que al separarse las demás provincias de Buenos Aires habían abjurado los bienes de la antigua alianza... ni Buenos Aires tiene el deber de prestar auxilios ni el Perú podía exigirlos; otro porteño, Ángel Saravia, temía la despoblación que ocasionaría a Buenos Aires mandar lejos un ejército... y además se

desacreditaría el gobierno porqué Buenos Aires aborrece lo militar; el santiagueño Diego Alcorta estuvo receloso de San Martín, que se mostraría enemigo de Buenos Aires al encontrarse al frente de un ejército numeroso y obligaría a formar un congreso prematuro y perjudicial a ésta. Como Godoy insistía en apoyar la expedición, Alsina hizo ver que Buenos Aires goza en el día, sin necesidad de expedición alguna, de la quietud, comercio y demás bienes de una absoluta independencia... que sus rentas eran para ella y no para sufragar otros gastos. Lafinur tomó otra vez la palabra diciendo que Buenos Aires podía sacrificar su Crédito Público (el Banco que acaba de inaugurar) que no era tan necesario como esta expedición, lo que motivó la airada réplica de Saravia pues el Crédito Público que acababa de inaugurar el ministro Rivadavia, afianzaba nuestra quietud y prosperidad. No insistieron más los dos disidentes, y la logia se pronunció por la negativa. Consecuente con el voto de Valeper, El Centinela, órgano oficial que dirigía Juan Cruz Varela, hizo saber el 28 de julio que la ayuda pedida por San Martín tiene grandes dificultades en las circunstancias en que esta provincia debe, por su propia conservación, emplear los fondos públicos y los instrumentos de guerra en afirmar, al menos, la frontera del Sur (la de los indios), ya que no es posible hacer lo mismo con la del Norte.

Gutiérrez de la Fuente esperó la resolución final del gobierno. Pero la legislatura porteña, en vez de votar el dinero que pedía San Martín, proyectó negociar la cesación de la guerra del Perú con un empréstito de diez millones, que se daría a los españoles.

Desengañado, Gutiérrez de la Fuente volvió al Perú. San Martín, que carecía de medios para mantenerse en Lima y seguir la guerra, debió ir a Guayaquil, donde Bolívar – que él sí tenía detrás suyo el apoyo de su patria – estaba en mejores condiciones para terminar la guerra.

## LA PRIMERA BUENOS AIRES

Un monumento levantado en 1936 en el parque Lezama en homenaje al cuarto centenario de la primera fundación de Buenos Aires recuerda que allí, según dictamen de la Academia de la Historia, estuvo emplazada la fundación de don Pedro de Mendoza.

Me permito contradecir el dictamen de los académicos. Eligieron el parque Lezama entendiendo que los españoles fundaban sus ciudades en lugares altos y bien elevados, y el citado parque es el sitio de mayor elevación en las proximidades del Riachuelo, donde se sabe estuvo el puerto para anclar las carabelas del Adelantado. Ese



razonamiento envuelve una petición de principio, porque previamente debió establecerse que Mendoza fundó una ciudad.

Una ciudad en el derecho español es una cosa muy seria: exige un cuerpo de vecinos libres, una milicia autónoma, un reparto de solares, chacras e indios, un cabildo donde los alcaldes distribuyan justicia y los regidores administren el común. Y ciertas solemnidades imprescindibles: una ceremonia habilitando el rollo de justicia, un acta fundacional, una fecha precisa. Nada de eso hubo en Santa María del Buen Aire.

En 1536 no se pensaba en ciudades en el Río de la Plata. Estas vendrían después, cuando los conquistadores levantaron contra los funcionarios reales el derecho municipal que los hacía dueños de una milicia y un gobierno.

Mendoza buscaba un puerto donde dejar las carabelas mayores y construir los bateles y bergantines que, a fuerza de remo y sirga, remontarían el río en busca del imperio de la Plata, su objetivo. Su hermano don Diego, almirante de la escuadra, encontró en la margen occidental un riachuelo de aguas profundas que, antes de su boca, se subdividía en dos brazos desiguales: el izquierdo, de media legua de extensión hasta la desembocadura, era apto para la navegación de buques de gran calado; el derecho se encontraba obstruido por barro y camalotes. Donde se dividían ambos brazos se formaba una ensenada de suficiente extensión y calado para contener la armada entera del Adelantado: el puerto ideal que se buscaba. Don Pedro ordeno trasladarse allí a principios de febrero, llamó Riachuelo de los navíos al riacho de aguas profundas que permitía la navegación de sus navíos pesados; en la ensenada ancló sus buques y junto a ella levantó un real para proteger el puerto. Al todo llamó Santa María del Buen Aire.

Que el real estuvo junto al puerto lo indica la lógica. Es absurdo suponer que el puerto quedó en el Riachuelo y la fortaleza protectora en el parque Lezama, a veinte cuadras de distancia. Lo importante y primordial era el puerto; lo accesorio, la fortaleza. Casi todos los expedicionarios permanecieron en las naves y muy pocos guardias y sacerdotes habitaron las construcciones de barro del real; Mendoza mismo no abandonó su cámara en la nao Magdalena. Pero además de la lógica lo señalan los documentos, aparte de las ilustraciones del libro de Ulrico Schmidel, que muestran al poblado junto al agua. Fernández de Oviedo sitúa a Santa María del Buen Aire en un río pequeño que entra al río grande (en el Riachuelo que desemboca en el Plata); Ruy Díaz de Guzmán nos dice que el Adelantado metió sus naves en el Riachuelo de los Navíos, del cual media legua arriba levantó una población que puso por nombre Santa María.

Ese brazo izquierdo del Riachuelo hoy ha desaparecido; Se sabe que corría por donde está la dársena Sur y el Dique Uno hasta desembocar en el Plata a la altura de la calle Independencia. Es fácil, entonces, presumir la situación del real: media legua arriba de su desembocadura nos llevaría a la ribera de la calle Pedro de Mendoza a la altura de Pinzón, donde se abría entonces el otro brazo, y único practicable ahora Allí debió encontrarse la ensenada que tanto gustó a don Diego de Mendoza, y en la ribera a la entrada del puerto, como dice Estopiñán Cabeza de Vaca, debió alzarse Santa María del Buen Aire. En la Boca, pues.

## CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

En 1845, Domingo Faustino Sarmiento, emigrado en Chile, publica su obra cumbre: *Facundo o Civilización y barbarie*. Mejor que en cualquier otra de las suyas, patentiza allí la tremenda contradicción entre sus grandes dotes intuitivas para sentir y expresar la realidad argentina, y un razonamiento forzado a disminuirla y suplantarla.

En *Facundo*, Sarmiento comprende y describe, con pluma magistral, la Argentina auténtica que en 1845 trataba de resistir la intervención anglo-francesa. Pero cuando se pone a razonarla la rechaza y se coloca del lado de los agresores. Presenta las dos modalidades que coexistían y se combatían en la Confederación Argentina: la americana y la europea. Como lo habían hecho los políticos franceses Thiers y Guizot al justificar la intervención, llama a aquella barbarie y a ésta civilización. Pero los franceses hablan desde París, y para dar base a su agresión conjunta con Inglaterra al Río de la Plata; Sarmiento lo hacía en suelo americano y era nativo de San Juan. La barbarie estaba en la inmensa mayoría del país y persistía con más vigor en los medios rurales y las orillas de las poblaciones; la civilización era sostenida por jóvenes “inteligentes” que habitaban el centro de las ciudades y leían, como el Evangelio, los últimos libros llegados de Europa.

Describe lo que llama “originalidad y caracteres argentinos”: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor. A pesar de llamarlos “originalidad” y sentirlos con emoción, los rechaza por “bárbaros”. Como ejemplo de esta curiosa contradicción, leamos la página destinada a la relajación religiosa de la campaña: “Hallábame en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario para suplir al sacerdote y el oficio divino... Era aquello un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso, las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos, el dueño de la casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble... hacía coro, al que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones... Concluido el rosario hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído una voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias, que la que recitó. Pedía a Dios lluvia para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo, que soy muy propenso a llorar, lloré hasta sollozar aquella vez, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida; porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela. La voz de aquel hombre, candoroso e inocente, me hacía vibrar todas las fibras y me penetraba hasta la médula de los huesos.”

Se encuentra ante la religión misma, en su forma más simple, que es la de unión directa del hombre con la divinidad. La describe con emoción y la siente hasta sollozar. Pero cuando la razona, en la línea siguiente, la califica con este ex abrupto: “He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoriles... encarnada en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones.”

Facundo es un libro que no necesita críticas. Es todo sinceridad, verbo franco, que “no desciende a justificarse de lo que cree firmemente, y sostiene de palabra y obra”. Un gran libro americanista, pese a su autor. Historia a Quiroga “con inexactitudes a designio” (lo dice a Paz, a quien no podía engañar), pero lo hace vivir grandiosamente y lo explica con certidumbre y emoción. Lo siente, a despecho de combatirlo por prejuicio de intelectual. Sus palabras sobre el conflicto con Francia de 1838 son la mejor justificación de Rosas. Como sus páginas de la barbarie rural, la descripción más ajustada que se ha dado, tal vez, del espíritu de la argentinidad.

## SARMIENTO Y FACUNDO

Veamos el esquema que hace Sarmiento, en Facundo, de la historia Argentina. La plantea como una lucha entre la civilización contra la barbarie: civilizado es el intento de penetración imperialista; bárbara, la resistencia que despierta. La Revolución de Mayo, a su entender – propio de los jóvenes de su generación –, significó el advenimiento de la civilización, fue “inteligible solamente para las ciudades, extraña y sin prestigio para la campaña”. En las ciudades (en el ambiente intelectualizado de los jóvenes “decentes”) se entendió a Mayo como una liberación de lo español, que debía extremarse hasta arrancar nuestras raíces hispánicas (Alberdi propuso, en 1837, reemplazar el idioma español por el francés), a fin de plegarse a una modalidad civilizada que se discutía si habría de ser francesa o inglesa. En las campañas, la Revolución fue otra cosa: significó el advenimiento de las masas rurales, “instrumento ciego, pero lleno de vida, de instintos hostiles a la civilización europea”, buscando una independencia absoluta de Europa y afirmando su modalidad vernácula.

Con las masas rurales se presentan los caudillos en la historia ARGENTINA.

Como ejemplo toma a Quiroga. Porque “en Facundo Quiroga – dice – veo una manifestación de la vida argentina; Facundo, en relación con la fisonomía de la naturaleza grandiosamente salvaje que prevalece en la inmensa extensión de la República Argentina; Facundo, expresión fiel de la manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos; Facundo, en fin, siendo lo que fue, no por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos a su voluntad..., puede presentarse a

la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que un espejo en el que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia”.

Cuando los sociólogos (en 1845, en sus primeros balbuceos) explicaran sociológicamente al jefe, no lo harían con mejores palabras. Pero si Facundo reflejaba la nación, como también lo haría Rosas, ¿por qué Sarmiento se puso contra ellos? Porque quiere sentirse europeo, intelectualizado, civilizado, en fin; y la nación era la barbarie nativa: “...Los que cometieron aquel delito de lesa americanismo – dice en su libro –, los que se echaron en brazos de Francia (en 1938) para salvar la civilización europea, sus instituciones, hábitos e ideas en las orillas del Plata fueron los jóvenes; en una palabra, ¡fuimos nosotros!, los unitarios eminentes, como los americanos, como Rosas y sus satélites estaban demasiado preocupados de esa idea de la nacionalidad que es patrimonio del hombre desde la tribu salvaje... Esta juventud impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea iba a buscar en los europeos enemigos de Rosas, sus antecesores, sus padres, sus modelos; el apoyo contra la América tal como la presenta Rosas”.

Esas palabras sinceras son la mejor justificación de Rosas para quienes estén “preocupados por ese sentimiento de nacionalidad”, e, inversamente, la condena de esa “juventud impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea”. Por eso puede decirse que Facundo es un libro escrito con absoluta sinceridad, pese a las “inexactitudes a designio” que Sarmiento confiesa honradamente haber deslizado por razones políticas. Un libro que “no desciende a justificarse de lo que cree firmemente y sostiene de palabra y obra”. Hace vivir grandiosamente a Quiroga, porque su autor lo siente a pesar de combatirlo, y a despecho de empeñarse en desechar “ese sentimiento de nacionalidad”, lo tenía dentro de sí y era más fuerte que su voluntad de extinguirlo.

## EL GAUCHO ANTONIO RIVERO

Había nacido en Entre Ríos, y el destino lo llevó a las Malvinas. Fue pastor y esquilador de ovejas en Puerto Soledad. Presenció impotente el atropello de los norteamericanos de la Lexington, el 28 de diciembre de 1831, y como consiguió ocultarse con algunos compañeros, no fue secuestrado como la mayoría de los colonos. Fueron un puñado, apenas, para mantener la soberanía de las islas, hasta octubre de 1832, en que llegó la goleta Sarandí, con un nuevo comandante de las islas, el mayor Mestivier, y una colonia de confinados por delitos comunes.

Era dura la vida en las soledades del Sur, y pesada la mano del mayor Mestivier. Los confinados se sublevaron, aprovechando que el capitán José María Pinedo se había ido con la Sarandí a alejar a algunos pescadores norteamericanos; Mestivier fue muerto, y se cometieron muchos desmanes. Pero el regreso de Pinedo restableció el orden.

Por poco tiempo. El almirantazgo británico quiso aprovechar el desamparo que la Lexington produjo en Soledad, y ordenó al comandante J. J. Onslow, de la corbeta Clío, que se apoderase de las Malvinas. El 2 de enero, Onslow se presentó en Soledad, y Pinedo no tuvo un gesto de heroica locura; dejó arriar el pabellón argentino porque “las instrucciones que tenía – dice en su informe – me prohibían hacer fuego a ningún buque de guerra extranjero, y sí sólo defender mi buque”.

Onslow organizó la nueva colonia británica. El piloto inglés de la Sarandí, Mateo Brisbane, fue hecho “delegado”; otro inglés, Dickson, encargado de izar la Union Jack; un francés, Jean Simon, capataz de trabajos. No faltaron – era inevitable – algunos argentinos que se plegaron al orden triunfante. Pero también era inevitable que otros no aceptaran el dominio inglés.

Un día – el 26 de agosto de 1833 –, los matreros, en número de ocho y encabezados por Rivero, volvieron a Soledad y dieron muerte a Brisbane, a Dickson, a Simon y a algunos más. La academia – nuestra Academia –, en mérito a documentos ingleses, dice que el móvil de Rivero y sus compañeros (“entre los cuales había algunos confinados”, recalca), al desertar primero y caer más tarde en plan de guerra sobre Soledad, era porque Brisbane les pagaba los salarios en billetes de papel, y ellos querían metálico. Me parece una explicación demasiado materialista para una reacción tan excesiva, y

no comprendo qué diferencia hacía a los gauchos los billetes o el metálico en las soledades del archipiélago. Preparados para perder la vida, quisieron hacerlo bajo la bandera argentina, y arriaron el pabellón británico.

¿También por metálico?

Hasta enero de 1834 estuvieron las Malvinas bajo el control de los gauchos de Rivero. Las familias de los colonos ingleses fueron confinadas en un islote y alimentadas por los dueños de la situación. En octubre llegaron algunas balleneras inglesas, pero no se atrevieron con los facciosos: debió esperarse a enero de 1834, en que una goleta de guerra consiguió imponerse, y Rivero y los suyos cayeron presos. Se les hizo un proceso en el buque Spartiate, de la estación naval británica de América del Sur. Tan inicuo, que el almirante inglés no se atrevió a convalidarlo, y prefirió desprenderse del asunto desembarcando a Rivero y los suyos en la República Oriental del Uruguay. El cabecilla fue dado de alta en el ejército argentino por Rosas,

para morir, como era su ley, el 20 de noviembre de 1845 peleando contra los ingleses en la Vuelta de Obligado.

Esa fue la vida del gaucho Rivero. Nuestros académicos entienden que “sus antecedentes no son nada favorables para otorgarle títulos que justifiquen un homenaje”. Basándose en interrogatorios en inglés del curioso proceso, nos aclaran que era un

gaucho peleador, tal vez de malos antecedentes, y que se juntaba con antiguos confinados.

Pero también Martín Fierro era un gaucho peleador, de malos antecedentes, y que se juntaba con matreros como él.

## DOCTORES, MILITARES E INGLESES EN LA INDEPENDENCIA NACIONAL

En homenaje al 150° aniversario de la declaración de Tucumán, se ha evocado la historia del Congreso y los motivos que llevaron a los diputados de 1816 al voto del 9 de julio. Poco se ha dicho, en cambio, del sentimiento independentista que preexistía al juramento de Tucumán y de las fuerzas, visibles u ocultas, que apuraban o retardaban la exteriorización de una nacionalidad ARGENTINA.

Es lo que me propongo hacer en este lugar. Es un esquema y, como tal, admite excepciones: ni los “doctores” que aquí trato son todos los doctores ni los “militares”, todos los militares Y a ver si nos entendemos.

### Gente, caudillos y letrados

Nuestra autonomía puede rastrearse hasta en el fondo de nuestra historia. Desde el momento en que llegaron al Río de la Plata, los conquistadores del siglo XVI se sintieron y obraron como dueños de la tierra. Una realidad política – la gente – no prevista por los doctores del Supremo de Indias se antepuso y acabó por eclipsar a las autoridades reales establecidas en las capitulaciones de los adelantados. La gente era la masa anónima de soldados y marinantes advenidos en las crujías de proa de las carabelas, que una vez en el Nuevo Mundo se abrieron camino a fuerza de sufrimientos y coraje. Contra ellos poco pudieron los oficiales reales a pesar de las células selladas con las armas del rey que les daban el mando: esa gente va a ser la gran realidad, la sola realidad, de la conquista y la colonización en el Río de la Plata.

A su frente se mueven jefes, auténticos jefes que saben conducirla e interpretarla. Son los caudillos en quienes la masa deposita su confianza: en sus palabras hablan todos; en su gesto gesticula la multitud. Ellos fundan las ciudades - sustituyendo las antiguas fortalezas o reales – donde la gente se hace “república” (la palabra es sinónimo de ciudad) con sus propias autoridades, sus jueces y su milicia. Surgió en el Nuevo Mundo

un derecho que no podían entender los letrados que aconsejaban al rey: era muy difícil a doctores de Salamanca o Alcalá comprender algo que no estuviese en sus libros de ciencia política.

De allí las luchas constantes del siglo XVI entre las autoridades reales y los cuerpos municipales, entre los fijos de soldados contratados y las milicias urbanas de vecinos, entre leales y tumultuarios. Hasta que el rey, mostrando más sentido común que los doctores de sus consejos, acabó por reconocer que en las lejanas Indias surgía un nuevo derecho, que no debía contrarrestarse. Lo importante era salvar el principio de unidad española expresado en el respeto al monarca, aun en deterioro de la autoridad del mismo monarca; debía pasar por alto que a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, su adelantado en el Río de la Plata, se lo devolviese la gente de Asunción desposeído y engrillado – y en un buque bautizado Los comuneros, a veinte años de derrotados éstos en Villalar – siempre que acompañase al funcionario depuesto una humilde súplica de sus leales vasallos explicando que así habían procedido hasta que otra cosa no se le ocurriese a V. M. ordenar. Que no se le ocurrió.

### Militares y doctores

La historia de la conquista del Río de la Plata es la historia de caudillos que extrajeron su autoridad del prestigio en la gente, y el monarca acabó por confirmar o tolerar: Domingo Martínez de Irala, simple soldado de la expedición de Mendoza; - Juan de Garay, general de un adelantado cuyo título había sido rechazado, que fundaba ciudades para asentar su derecho; Hernando Arias de Saavedra, el hijo de la tierra en lucha contra los doctores que se enriquecían con el contrabando y la introducción clandestina de esclavos por el puerto de Buenos Aires...

Nuestra historia a través de los siglos XVI y XVII sigue esa constante de los tiempos de la fundación. Un pueblo hecho milicia que brega por manejarse a sí mismo contra fuerzas tremendas de ultramar – España primero, Inglaterra después – apoyadas en doctores que no sabían ir más allá de sus libros.

### Revolución e Independencia

La independencia latía en el espíritu de la Revolución de 1810. Este era el espíritu de Mayo para los gauchos y orilleros que formaban las milicias e hicieron posible la deposición del virrey, y de ninguna manera ese afrancesamiento en el espíritu y las instituciones que se pretendió después. Esa independencia que podía entender un miliciano de Patricios no era tan perceptible a los doctores que peroraron en el congreso

vecinal del 22 de mayo y consiguieron introducirse en la junta de gobierno. Había razones poderosas para que la descartaran.

Voy a ilustrar ese desencuentro entre la milicia y los doctores en los años iniciales de la Revolución con una anécdota, conocida por todos, pero entendida al revés por casi todos.

### El brindis famoso

Noche del 5 de diciembre de 1810. En el cuartel de las Temporalidades – Perú entre Alsina y Moreno, donde hoy está la Facultad de Ciencias Exactas (nota: hoy manzana de las luces) –, el regimiento de Patricios ofrece un sarao por la victoria de Suipacha. En el sitio de honor está el jefe del cuerpo, a su vez presidente de la Junta de Gobierno. En un momento, el capitán retirado de húsares Atanasio Duarte, veterano de cuarenta años de guerras, ofrece un postre a doña Saturnina Otárola, esposa del presidente, en el cual la fantasía del repostero había dibujado un cetro y una corona: “La América espera que VV. EE. empuñen el cetro y ciñan la corona”. No dicen las crónicas qué ocurrió a continuación, pero supongo un aplauso de los concurrentes y un asentimiento halagado de Saavedra. Este dice en sus Memorias que no dio importancia a esa bobada, pero la trascendencia del brindis debió ser mucha porque alguien corrió a informarle al secretario de Gobierno y Guerra – el doctor Mariano Moreno –, que de inmediato tomó medidas contra Duarte, contra Saavedra y contra las señoras que recibían agasajos por la posición política de maridos.

La condena de Duarte fue tremenda. El gobierno entendió que debía perecer en el cadalso por esas palabras, pero como debió pronunciarlas mareado por el carlón le perdonó la vida, conmutándole la pena por destierro perpetuo de la ciudad, porque un habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país. El veterano se aguantó el castigo en silencio y, que se sepa, nunca pudo volver a su querido Buenos Aires: transcurrió sus últimos años en el exilio, donde algún historiador ha rastreado sus continuas reyertas con los gallegos dependientes de tabernas, sus acérrimos enemigos por españoles y tal vez por no fiarle las copas.

¿Cuál fue el crimen del capitán retirado Duarte, que a juicio de un hombre de leyes como Mariano Moreno mereciera la pena del cadalso? Se repite en los textos escolares (que también sirven para aprender historia en las academias) que era proclamar la monarquía, pero la conjetura debe rechazarse: ni aun para un revolucionario de la índole de Moreno un delito de opinión pudo reprimirse con la muerte en un cadalso. Pero, además, Duarte no había postulado un cambio de la forma de gobierno existente: en diciembre de 1810 se vivía bajo el régimen monárquico, el retrato de Fernando VII debió encontrarse, como era de rigor, colgado en lugar visible durante el sarao, y el mismo decreto que castigaba al capitán era un decreto monárquico encabezado con la fórmula corriente: La Junta Soberana a nombre del Señor Don Fernando VII.



Al veterano no se lo penaba, pues, por proclamar la monarquía en un medio republicano. Sin embargo, había cometido un delito gravísimo y nadie, ni siquiera Saavedra, se atrevió a defenderlo. Un delito castigado en la legislación española, precisamente, con los términos usados por Moreno en su decreto: perecer en un cadalso. El secretario de Guerra no quiso disimular el hecho ni omitir el castigo, seguramente porque el brindis encontró eco entre los asistentes de las Temporalidades y era conveniente un escarmiento ejemplar para que no se repitieran cosas semejantes. El delito de Duarte era de lesa majestad contra los derechos de Fernando VII, a quien quitaba el cetro y la corona ofertándolos a Saavedra. Sus palabras imprudentes revelaban impresiones contra la libertad de su país porque el país entero (en 1810 el país era aún España) sostenía y luchaba por los derechos del rey Fernando. El crimen de Duarte, esa noche del 5 de diciembre, había sido proclamar en voz alta la independencia de América.

### El veto británico

El capitán, eufórico por el vino de las Temporalidades, había dicho algo que estaba en el sentimiento de todos, del secretario de Guerra y Gobierno inclusive; pero no podía expresarse en voz alta sin perjuicio del gobierno.

Porque la independencia había sido vetada por lord Strangford, embajador formal de Inglaterra en la corte de Río de Janeiro y encargado de mantener contacto con los revolucionarios americanos. Strangford había sido terminante en sus notas: el 16 de junio, acusando recibo de la instalación de la Junta el 25 de mayo, felicitaba a sus integrantes por los sentimientos de lealtad y amor a su Soberano que manifiestan, asegurándoles que contarían con el apoyo posible... siempre que la conducta de esa Capital sea consecuente y se conserve a nombre del Sr. Dn. Fernando VII y de sus legítimos sucesores; el 28 de setiembre el embajador informaba a lord Wellesley, canciller británico: se ha conseguido sugerir a aquella Junta (la de Buenos Aires) una clara idea de la marcha que deben seguir con respecto a Inglaterra, que consistía en dar más facilidades al comercio en el puerto y no hacer una prematura declaración de independencia.

¿Por qué ese veto británico a la declaración de la independencia? La correspondencia de Strangford con Wellesley, y más tarde con su sucesor en el Foreign Office, lord Castlereagh, es suficientemente explícita. Inglaterra buscaba, por el momento, la libre introducción de sus mercaderías manufacturadas en los puertos de Hispanoamérica, tráfico vital para sus productos hechos a máquina por el bloqueo continental de Napoleón no dejaba entrar en el continente europeo. Había conseguido de la Junta de Sevilla, en enero de 1809, los adicionales al tratado Apodaca-Canning (de alianza anglo-española contra Napoleón, donde España, a cambio del ejército de Wellington y la escuadra que protegía a Cádiz, abría América a la introducción de maquinofacturas inglesas. Aunque ese libre comercio significase la muerte de la industria artesanal criolla, que no podría competir contra los hilados, tejidos y zapatos a máquina de

Manchester o Birmingham. En una palabra: España entregó en 1809 la dependencia económica de América a cambio de la independencia política de la metrópoli.

Para cumplir lo dispuesto llegó en julio de 1809 a Buenos Aires el virrey Cisneros, y abrió el puerto de Buenos Aires a los productos ingleses el 6 de noviembre. Pero Cisneros no quiso dar una franca entrada a los ingleses (como lo había pedido Mariano Moreno, abogado de los comerciantes británicos, en su conocida Representación) y se limitó a entornar simplemente la puerta del monopolio. Hasta se atrevió a expulsar en diciembre a los ingleses entrados sin permiso y que, aprovechando la situación, manejaban bajo cuerda la plaza mercantil: les dio plazo hasta mayo de 1810 para irse con todas sus pertenencias. Pero en mayo de 1810 quien debió irse fue Cisneros, y los ingleses se quedaron para siempre.

La Junta de Mayo, donde habían conseguido introducirse algunos buenos amigos de los ingleses, abrió con más amplitud el puerto a las mercaderías británicas. A eso debería limitarse la Revolución para lord Strangford: libre comercio en lo económico acompañado de un estatuto constitucional que diese garantías y derechos a los comerciantes extranjeros.

Todo bajo la soberanía de Fernando VII. Nada de guerra por la independencia, que enfrentaría a criollos y españoles. Los españoles estaban cumpliendo admirablemente, en 1810, su misión de combatir a los franceses (enemigos de Inglaterra) y no podían ser distraídos. Inglaterra combatiría a Napoleón hasta el último español, porque el ejército de Wellington no salía de su inexpugnable acantonamiento de Torres Vedras. El peso de la lucha estaba en el Empecinado y en los esforzados combatientes que mantenían al Rey Deseado.

De allí que Strangford, al tiempo de aplaudir la sustitución en Buenos Aires del difícil Cisneros por la complaciente Junta, formulaba el plan de la Revolución: nada de expediciones militares más allá del virreinato, nada de molestar a los españoles en la Banda Oriental; los insurrectos debían limitarse a elegir diputados a las cortes a reunirse en Cádiz, donde se establecerían definitivamente, bajo inspección británica, el régimen político de América y las garantías que permitieran ampliar el comercio. Sólo se les permitiría a los insurrectos dictar más normas de libre comercio para su beneficio. Esa fue la mediación que Strangford entregó al delegado de la Junta, Manuel de Sarratea, el 20 de abril de 1811.

La chusma de medio pelo

Cuando Strangford daba la mediación en Río de Janeiro, las cosas habían cambiado fundamentalmente en Buenos Aires. Moreno, desprestigiado, como lo dice en su renuncia, por el decreto de castigo a Duarte y supresión de honores a Saavedra, se había embarcado para Inglaterra en enero de 1811 y moría en alta mar dos meses después. Y la noche del 5 y ó de abril una marcha de los orilleros sobre el centro de Buenos Aires,

con inmediato apoyo de los regimientos de Patricios y Húsares (que anularon al morenista cuerpo de la Estrella), había cambiado fundamentalmente el gobierno. Por primera vez - debe reconocerse - la Revolución tomó un tono nacional. Las especulaciones roussonianas de los doctores fueron dejadas de lado y se habló un lenguaje independiente.

Joaquín Campana (la figura sin gloria del populacho de las quintas lo llaman los historiadores clásicos) debió contestar como secretario de la Junta la mediación de Strangford, Lo hizo el 18 de mayo en un documento admirable, cuyo conocimiento ha sido escamoteado en la historia oficial. Estas provincias – dice su digna y altiva respuesta – exigen manejarse por sí mismas y sin riesgo de aventurar sus caudales a la rapacidad de manos infieles... Para que el gobierno inglés pudiese hacer los efectos de un mediador imparcial es preciso que reconociese la independencia recíproca de América y de la Península, pues ni la Península tiene el derecho al gobierno de América ni América al de la Península.

Este documento (el primero donde oficialmente se habla de independencia) produjo la comprensible indignación de lord Strangford. Mandó inmediatamente a Sarratea a Buenos Aires; se anudaron diversos hilos; se habló de la chusma de medio pelo (porque los orilleros usaban trencilla) que había usurpado el gobierno; se consiguió que Saavedra saliese de Buenos Aires, acuartelándose en seguida al regimiento de Patricios con pretexto de un desembarco español; se cambiaron con agilidad los destinos de los cuerpos; finalmente ocurrió la Revolución de Setiembre: los jóvenes de la morenista Sociedad Patriótica aprovecharon la ausencia de los Patricios y la lejanía de los orilleros para provocar tumultos en la plaza de la Victoria. Hubo peticiones, algaradas, discursos de las señoras decentes en la plaza – como cuenta el Diario de J. J. Echavarría – contra la chusma que quería seguir la guerra y exponerlas a bombardeos de los buques españoles. Finalmente, la noche del 17, Campana fue secuestrado y aprisionado en el fortín de Areco, y después de algunos forcejeos los doctores (y algunos militares) impusieron el Primer Triunvirato formado por tres porteños, entre ellos Sarratea. Que, con las debidas precauciones para evitar estallidos populares, se puso a la obra señalada por Strangford.

Campana, como el viejo Duarte, no pudo volver más a Buenos Aires. Vivió en Areco, y después en Chascomús, hasta 1820, pues tenía prohibida la entrada a la ciudad; después consiguió irse a Montevideo.

## La desobediencia de Belgrano

La mediación de Strangford no pudo cumplirse, pero por motivos ajenos a los gobernantes de Buenos Aires. El 5 de julio de 1811 el Congreso General de Caracas eludía la vigilancia británica y declaraba solemnemente la independencia de los Estados Unidos de Venezuela. La repercusión fue inmensa en toda la América española.

En Buenos Aires los jóvenes de la Sociedad Patriótica se entusiasmaron, en un vuelco muy juvenil, con el gesto de los venezolanos. No había peligro de irrupciones orilleras porque los despiadados prebostes del Triunvirato impusieron el terror en los barrios y pagos suburbanos; por lo tanto, podían entregarse a recitados aconsejando al gobierno imitase el gesto de los caraqueños.

El Triunvirato, cuya figura de gravitación era Bernardino Rivadavia, no podía declarar la independencia porque Strangford, desde Río de Janeiro, había vuelto a vetarla. El 18 de julio, Castlereagh ordenaba a Strangford hiciese saber a Buenos Aires que sólo mediante el reconocimiento de su legítimo soberano Fernando VII y contribuyendo bajo los auspicios de su nombre a los esfuerzos que se están haciendo en Europa para conservar La integridad de la monarquía española tendrían el apoyo de Gran Bretaña, y una independencia nominal obligaría a dejarlos expuestos a un atropello de Artigas (ya se había producido el Éxodo Oriental) o a una resurrección de las orillas tras otro caudillo.

Para contener el entusiasmo juvenil y los deseos del ejército a favor de la independencia – expresados por Belgrano, jefe de las baterías de Rosario –, el Triunvirato estableció la escarapela el 18 de febrero como distintivo nacional. Belgrano tomó en serio lo de nacional, y el 27 de febrero izó en una batería de Rosario – que llamó Independencia – una gran escarapela a modo de bandera distintiva de una nación. Como ignoraba los pormenores de la política extranjera del gobierno, quería ingenuamente – como dice – excitar a otras declaraciones del gobierno que confirmen nuestra resolución de sostener la independencia de América.

El Triunvirato disolvió la Sociedad Patriótica acabando con los imprudentes recitados; y ordenó a Belgrano bajase la bandera levantada por un raptó de entusiasmo, sustituyéndola por la roja y gualda. Belgrano no se enteró de esta orden, porque había ido a ponerse al frente del diezmo ejército del Perú que debería retrogradar hasta Córdoba, y tal vez más allá. Como creía seriamente que el Triunvirato se proponía declarar la independencia, levantó en Jujuy la bandera celeste y blanca al festejar el 25 de mayo de 1812 y la hizo jurar con solemnidad. Alegre informó al Triunvirato las aclamaciones del pueblo ante la señal que ya nos distingue de las demás naciones Pero el Triunvirato, por pluma de Rivadavia, le ordenó la reparación de tamaño desorden; Belgrano, dolido, expresó que la bandera de Jujuy, como la de Rosario, las había izado para exigir de V. E. la declaración respectiva... que estas Provincias se cuenten como una de las naciones del globo; pero como no era el propósito del gobierno la desharé (la bandera) para que no haya ni memoria de ella... si acaso me preguntan, diré que se reserva para el día de una gran victoria... y como ésta está muy lejos, todos la habrán olvidado.

Quiso cumplir con el gobierno y ordenó la retirada del ejército al sur. No pudo hacerlo mucho tiempo: no consiguió resistirse a los tucumanos que le pidieron defendiera su ciudad, y el 24 de setiembre salvó a la Patria en la batalla de Tucumán.

La salvó no solamente porque el ejército español fue derrotado, sino – y principalmente – porque al llegar la noticia a Buenos Aires el pueblo se lanzó a la calle clamando contra el Triunvirato. Entonces los granaderos montados de San Martín, los artilleros de

Pinto y los arribeños de Ocampo hicieron saber al gobierno que había cesado, y se convocaría una asamblea para votar la figura con que deben aparecer las Provincias Unidas en el gran teatro de las naciones. Ese fue el propósito de la revolución del 8 de octubre de 1812 y de la asamblea convocada para enero del 13.

No se declara la independencia

La revolución del 8 de octubre alarmó a Strangford. Passo, presidente del Triunvirato, le había hecho saber el 13 de noviembre que la independencia de estas Provincias no será nominal. El lord hizo seguir la nota a Castlereagh, indicio – le dice – de una confesada determinación de declararse independientes de su vínculo europeo... especie de desesperación que se ha apoderado de quienes tienen la autoridad suprema... ahora están ocupados en discutir si conviene o no declarar la independencia antes o después de la Asamblea General.

Strangford tenía muchos recursos en sus manos, que conducía hábilmente su agente, el capitán Heywood. Uno de esos recursos era la logia Lautaro. Aunque la logia había hecho la revolución del 8 de octubre para declarar la independencia, las fuerzas tenebrosas que la manejaban podían hacerla variar.

Así ocurrió. Ni la Asamblea General fue un cuerpo nacional, ni declaró la independencia. Paliativos para contentar el anhelo del pueblo dio muchos: el escudo, el himno, festejos el 25 de Mayo. Pero el escudo no era nacional, sino el sello de la Asamblea, el himno una canción, el 25 de Mayo un día cívico. Todo, menos la declaración lisa y llana: Independencia de Fernando VII, sus sucesores y metrópoli.

A Passo lo sacaron del gobierno por sus imprudentes palabras. San Martín, líder del independentismo dentro de la logia, se encontró en minoría y acabó por renunciar a la política y consagrarse a su carrera militar; Belgrano, otro independentista, fue mandado a Europa en una oscura misión a prosternarse a las plantas del Sr. Dn. Fernando VII; y Artigas vio rechazados los diputados de la Banda Oriental que llevaban como primera instrucción la independencia absoluta del Río de la Plata,

Sucedieron cosas feas. En enero de 1815, Manuel José García era mandado a Río de Janeiro a implorar a Strangford el coloniaje británico (el coloniaje, y no como dice benévolamente Mitre, el protectorado), porque los doctores de la Asamblea se encontraban impotentes ante el pueblo levantado tras sus caudillos, Artigas, Güemes, que reclamaba la independencia.

Soplar y hacer botellas

Strangford desdeñó el coloniaje, que no entraba en los propósitos inmediatos de Inglaterra. En abril de 1815 cayó la Asamblea y por primera vez fue alzada en el Fuerte la bandera celeste y blanca. Sin embargo, no se habló de independencia entre los doctores que formaron la Junta de Observación y reglamentaron las funciones de gobierno; tampoco se invitó al Congreso de Tucumán para una declaración independentista.

Esta surgió, como es sabido, por voluntad del ejército y del pueblo ejercida por tres personas: San Martín, Belgrano y Güemes. Contra unos doctores llenos de temores, para quienes declarar la independencia no era soplar y hacer botellas. Ya que arrancada la declaración del 9 de Julio anduvieron en malos pasos buscando un protectorado extranjero. Pero eso es otra historia. Como también es otra la historia de la soberanía, porque no bastaba con una apariencia para que existiese la libertad. Era necesario hacerse respetar y tratar de igual a igual por todos los poderes de la tierra. Eso vendría después, pese a muchos doctores y algunos militares que se hacían un lío con cosas sencillas para el pueblo y la generalidad de la milicia.